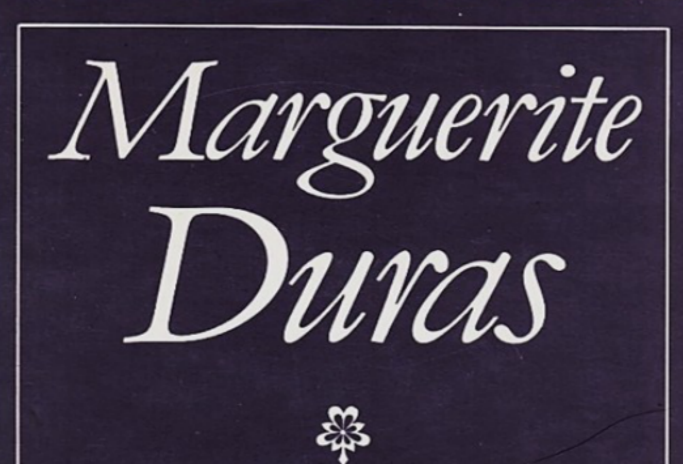


La amante inglesa



Todo lo que aquí se ha dicho está grabado. Comienza a formarse un libro sobre el crimen de Viorne. Usted ha aceptado contar lo que ocurrió en Viorne en el café Le Balto *en la noche del 13 de abril último...*

VERSAL

LA AMANTE INGLESA



MARGUERITE DURAS

VERSAL

Título de la obra original: *L'Amante anglaise*
Traducción de Francesc García-Cardona

Maqueta de la colección y diseño de la cubierta: Viola & París

Esta edición es propiedad de Ediciones Versal, S.A.
Plaza Lesseps, 33, entresuelo. 08023 Barcelona
Teléfono (93) 217 20 54. Télex 98634 VSBN E

Primera edición: enero de 1986

Depósito legal: B-I4 65- 1986
ISBN: 84 86311 18 7

Impreso en España - Printed in Spain
Imprime: Sirven Gráfic. Gran Via, 754. 08013 Barcelona

Para Jean Schuster

I

—Todo *lo que aquí se ha dicho está grabado. Comienza a formarse un libro sobre el crimen de Viorne.*

Usted ha aceptado contar lo que ocurrió en Viorne en el café Le Balto *en la noche del 13 de abril último.*

—Sí.

—Aquí está la copia dé la cinta grabada a sus espaldas en Le Balto *durante la noche del 13 de abril. Esta cinta reproduce fielmente todas las conversaciones mantenidas en* Le Balto *en aquella velada, pero no muestra nada, nada se ve a través de lo que dice. Es usted, pues, quien debe poner en marcha el libro. Cuando la noche del 13 de abril haya tomado, gracias a su relato, cuerpo y espacio propios se podrá dejar hablar a la cinta y el lector podrá reemplazarle a usted en la lectura.*

—¿Y qué hará con la diferencia entre lo que sé y lo que diré?

—Representa la parte que el lector ha de crear. Existe siempre.

¿Quiere decir quién es usted?

—Me llamo Robert Lamy. Tengo cuarenta y siete años. Tomé a mi cargo el café *Le Balto*, en Viorne, hace ocho.

—Antes de la noche del 13 de abril, ¿sabía sobre el crimen algo más que cualquier otro habitante de Viorne?

—Nada. Sabía lo que decía el comunicado.

Esfuércese en hacer como si los periódicos hubieran dejado de aparecer el 13 de abril por la noche.

—¿Y si aun así no consigo olvidar lo que sé ahora?

—Indique lo de pasada.

Para que el lector se encuentre en su situación con relación al crimen de la noche del 13 de abril empezaremos por anotar el comunicado a la población de la Gendarmería de Viorne, el cual acababa de ser leído por tercera vez en el día por el guarda forestal en la plaza del Mercado, al caer la noche:

«Como es sabido por la prensa, restos humanos acaban de ser descubiertos por toda Francia dentro de vagones de mercancías.

»El servicio médico-forense de la Prefectura de Policía ha podido descubrir que esos restos pertenecen al mismo cuerpo. Con excepción de la cabeza, que no ha sido encontrada, la reconstrucción del cuerpo ha sido realizada en París.

»La verificación ferroviaria ha permitido descubrir que los trenes que

transportaban los restos han pasado, cualquiera que fuese su destino, por un mismo lugar, a saber, el viaducto de Viorne. Habiendo establecido que han sido arrojados a los vagones desde el pretil de ese viaducto, es, pues, probable que el crimen se haya cometido en nuestro municipio.

»La Alcaldía, alertada, pide encarecidamente a los ciudadanos que unan sus esfuerzos a los de la policía para que se aclare lo más rápidamente posible este crimen.

»La desaparición de toda persona de sexo femenino, de talla media y bastante corpulenta, con una edad que puede oscilar entre los treinta y cinco y los cuarenta años debe ser comunicada inmediatamente a la Gendarmería.»

—Yo conocía tanto a Claire y Pierre Lannes como a Alfonso Rignieri. Formaban parte de las cincuenta personas que constituyen la mayor parte de mi clientela en Viorne. También conocía a Marie-Thérése Bousquet, su prima. Alguna vez venía al café en compañía de Pierre y de Claire a la hora del aperitivo, o tarde, por la noche, en compañía de obreros portugueses. Por cierto, la conocía menos que a los otros: era sordomuda y eso limitaba las relaciones que se podían tener con ella.

Pierre y Claire Lannes venían prácticamente cada noche a mi casa, entre las ocho y las nueve, después de cenar. Aunque también ocurría que pasaban varios días seguidos sin venir, no forzosamente porque el uno o el otro estuviera enfermo, sino porque no tenían ganas de salir, o tenían la moral baja, o estaban cansados.

Por discreción, me había acostumbrado a no preguntar a Pierre por qué no les había visto la víspera o desde hacía tantos días. Había observado —al menos me parecía— que a Pierre no le gustaba que le preguntaran sobre lo que le ocurría, sobre lo que había hecho. Cuestión de pudor, creo.

Así pues, el 13 de abril, cuando llegó, no le pregunté a Pierre por qué no le había visto desde hacía cinco días.

Eran las ocho de la noche.

El guarda forestal acababa en ese momento de leer el comunicado —por tercera vez en el día—, allá en la plaza. Yo reía a causa de la verificación ferroviaria. Le estaba diciendo a Alfonso que no podía aguantar la risa, cuando entró Pierre. Venía solo, sin Claire, lo que ocurría muy a menudo; al salir del despacho venía directamente a *Le Balto*. Nos saludamos. En seguida le pregunté si él habría pensado en la trampa de la verificación ferroviaria. Me dijo que no estaba seguro de ello.

Encontré que tenía aspecto de fatiga y que su atuendo estaba un

poco descuidado, ya que siempre era muy correcto. Llevaba una camisa azul, algo sucia en el cuello. Recuerdo que reflexioné sobre ello. Me dije: mira, ¿qué tendrá?

Desde el día del crimen, poca gente viene a *Le Balto*.

Aquella velada éramos cinco: Alfonso, Pierre, un hombre y una muchacha, que nadie había visto nunca, y yo. El hombre leía un diario. Tenía una gran cartera negra depositada en el suelo. Los tres le miramos. Era el clásico tipo del policía de paisano, pero no estábamos por completo seguros a causa de la presencia de la muchacha. El parecía no escucharnos. Ella sí, incluso había sonreído cuando hablé de la verificación ferroviaria.

Como ni Alfonso ni Pierre tenían aspecto de querer reír conmigo, dejé de hablar de la verificación ferroviaria.

Fue Pierre quien reanudó la conversación sobre el crimen. Me preguntó si, a mi parecer, la identificación de la víctima iba a ser posible a pesar de no encontrarse la cabeza. Dije que sin duda sería difícil pero de todos modos factible, pues quedaban las manchas de nacimiento, las deformaciones, cicatrices, etc., que nadie se parecía a nadie.

Hubo un silencio bastante largo. A nuestro pesar buscábamos a una mujer de Viorne que pudiera corresponder con las señas de la víctima.

Durante aquel silencio me di cuenta de la ausencia de Claire.

Quiero decir con esto que su ausencia me sorprendió y que hice una relación entre ella y el semblante preocupado de Pierre. A éste no le pregunté por Claire, aunque tuve tiempo para pensar que quizá se acercaba el momento en el que se separaría de ella. Fue Alfonso quien —como si hubiera adivinado lo que yo pensaba— le preguntó: «¿Está enferma Claire?». Pierre contestó: «Tenía algo que hacer en casa, va a venir, no está enferma pero sí cansada». Añadió: «Muy cansada, sin duda no es nada grave, quizá la primavera».

Luego se reanudó la conversación, siempre sobre el crimen.

Recuerdo que, frente a mi indignación por el ensañamiento del asesino con su víctima, Alfonso hizo una reflexión que nos sorprendió. Dijo: «Quizá simplemente no pudo hacer otra cosa porque era demasiado pesado transportar el cuerpo entero». Ni Pierre ni yo habíamos pensado en ello. Pierre, a su vez, dijo que, en efecto, aquellas tres noches debían haberle parecido interminables al asesino. Entonces habló la muchacha. Precisó que el asesino debió hacer nueve viajes al viaducto durante aquellas tres noches, y que con la cabeza habrían sido diez. Que todo París hablaba de la verificación ferroviaria. Nos pusimos a conversar. Le pregunté qué otras cosas se

decían en París. Dijo que se especulaba sobre si era un loco el que había dado el golpe, un nuevo loco de la Seine-et-Oise.

Llegó Claire.

Lleva sobre los hombros el impermeable azul marino que se pone cuando llueve. Hace buen tiempo. En una mano tiene una maleta pequeña, en la otra un bolso, de charol negro.

Al ver a los extraños, se pone rápidamente al lado de Alfonso. La saludamos. Ella responde. Pero por su semblante veo que no está contenta con que haya extraños. Oigo ruido de periódico y veo que el forastero ha dejado de leer, y la mira. Lo noto, sin más. El semblante de Claire ya no nos sorprende, pero a un desconocido puede intrigarle.

—*¿Qué semblante?*

—Duro.

Pierre hace un movimiento brusco hacia ella como para ocultarla. Señala la maleta. ¿Qué es esto? Ella dice: «Me voy a Cahors». Pierre, esforzándose por sonreír, dice para que todo el mundo le oiga: «Precisamente quería pedir algunos días de permiso y proponerte ir allí a dar una vuelta».

Nadie se lo cree.

Ella no contesta. Permanece de pie, turbada, quizá durante todo un largo minuto. Luego va a sentarse con Alfonso, a una mesa aislada.

Cuando fui a servir a Claire me di cuenta de que los tres eran de Cahors, pero que en los ocho años desde que les conocía jamás habían ido allí. Le pregunté: «¿Por cuánto tiempo te vas?». Ella dijo: «Cinco días». Pregunté de nuevo: «¿Desde cuándo no vas a Cahors?». Ella dijo: «Nunca he vuelto». Inmediatamente después me preguntó de qué estaban hablando antes de que llegara, si era del crimen, y qué decían. Alfonso le contestó que, en efecto, se hablaba del crimen pero que no se decía nada importante. Ella parecía aún más adusta que de costumbre. Pensé que se debía a la presencia de extraños.

—*¿Parecía triste, cansada?*

—Yo no diría eso, no.

Se seguía hablando del crimen, del número de trenes que pasan cada noche por el viaducto, de los viajes del asesino; de pronto Claire se volvió hacia Alfonso y le preguntó: «¿Nadie ha visto a alguien por la noche, cerca del viaducto?». Alfonso respondió: «Al menos nadie lo ha declarado». Entonces Pierre se volvió hacia Alfonso y le miró largamente, para luego preguntarle: «¿Pero tú, Alfonso, de verdad no has visto a nadie cerca del viaducto por la noche?».

Alfonso hizo un movimiento de impaciencia, diciendo que no, y que ya estaba bien.

A partir de aquel momento, una sensación de desagrado se instaló

entre nosotros; seguro, yo no me equivoco. La insistencia de Pierre y de Claire por saber si Alfonso se había encontrado con el asesino —sobre todo en presencia del hombre que estaba allí— resultaba incómoda.

En medio de aquel malestar, continuamos hablando del crimen.

Hablamos de las visitas de la policía a casa de los vecinos. La víspera habían ido a casa de Alfonso, aquella misma mañana a mi casa.

Claire quiere saber lo que pregunta la policía durante esas visitas. Digo: «Piden los documentos de identidad y que se justifiquen las ausencias de los miembros de la familia».

Alfonso cuenta que un equipo *de* policías con perros busca la cabeza desde la mañana. Claire pregunta: «¿Dónde?». «En el bosque», dice Alfonso.

Después, tengo la impresión de que se calla durante largo rato.

Los hombres continúan hablando del crimen. Cuánto tiempo verdaderamente, no lo sé. Quizá una media hora. De pronto miramos la plaza y ya está oscuro.

Cuento que la policía me ha pedido que mantenga el café abierto; digo que en Viorne, una ciudad desierta, un café abierto hasta medianoche hace mal efecto. La muchacha pregunta por qué la policía exige eso. Digo: «A causa de la vieja regla que dice que el asesino siempre vuelve al lugar de su crimen». «Entonces, esperémosle», dice *h* muchacha.

Este es el tipo de cosas que decíamos.

Sí, en un momento dado, Claire y Alfonso se dijeron dos frases. Oí las palabras «miedo en Viorne», dichas por Alfonso. Alfonso sonrió.

En otro momento, la muchacha se acerca a Claire y le pregunta: «¿Y su tren, señora?». Claire se sobresalta y pregunta: «¿Qué tren?». Luego se recupera y dice que el tren hacia Cahors —lo recuerdo perfectamente— sale de la estación de Austerlitz a las siete y trece de la mañana.

La joven ríe. Nosotros también, un poco a la fuerza.

La muchacha insiste, le dice a Claire que se prepara demasiado pronto para salir de viaje. Claire no responde. La joven pregunta de nuevo si Cahors es una ciudad bonita.

Claire sigue sin responder.

Aumenta la incomodidad. Buscamos algo que decir.

Y he aquí que de pronto el hombre se levanta. Se acerca a la barra, muy amable, y pregunta si puede invitarnos a una ronda. Hago una desagradable reflexión del género: «Si usted espera sonsacarnos algo, pierde su tiempo y su dinero». Naturalmente, él no se ofende.

Bebemos. Tengo ganas de saber si realmente es de la policía. Pregunto: «¿Son ustedes de Seine-et-Oise?». La muchacha dice que ella es de París, que ha venido a ver el lugar del crimen, que ha encontrado a aquel señor, quien la ha invitado a tomar una copa. El sonríe y dice una gracia que no hace reír a nadie. Dice: «No, del Seine».

Entonces sabemos precisamente de quién se trata. Y sin embargo nadie se va. Estamos allí, esperando. Sin duda para que nos informe sobre el crimen.

—¿Claire no decía nada?

—Oh, sí. No entendió la respuesta del policía. Preguntó a Pierre: «¿Qué ha dicho?», y Pierre respondió por lo bajo, aunque yo lo oí y seguramente también el policía —tal era el silencio—: «Es un poli».

Lo sabemos. Nos disgusta. Pero nadie se va. Estamos allí, esperamos.

Ya no sé dónde estaba.

—El policía les invita a beber una copa.

—Sí. Claire, ¿qué hace? Espere. ¿Se levanta? No. Coloca su bolso negro y su maleta debajo de la silla y espera, como en el teatro, ¿sabe? Sí, sin levantarse desplaza la silla para quedar de frente a la barra.

Preguntamos al policía qué piensa del crimen. Responde que a su parecer el asesino es de Viorne. Fue de este modo como comenzó todo.

Inventamos un crimen, él y nosotros. Aquel crimen era el mismo que se acababa de cometer en Viorne. No lo reconocimos. Nos hizo hablar, dijimos lo que quiso, reconstruimos punto por punto el crimen de Viorne. No nos dimos cuenta de nada.

Creo que ha llegado el momento de utilizar el magnetófono.

—Vamos a retomar el relato en el momento en que usted lo ha dejado. El policía dice que el asesino es de V torne.

—¿Dónde estaba el magnetófono?

—En la cartera colocada en el suelo.

—¿En qué momento comienza la grabación?

—Cuando él comenzó su trabajo, al entrar Pierre.

—No me extraña. Pierre hablaba alto y de prisa.

—Cuando se levantó sólo disponía de la longitud de un lado de la cinta; quizá una hora.

Los dos magnetófonos funcionarán a un tiempo. 11 primero reproducirá los diálogos. Lo detendré cuando usted juzgue conveniente añadir algo. El segundo no se detendrá. Grabará los diálogos y los comentarios.

Cuando sea Claire quien hable indíqueselo al lector.

Este es el momento en el que usted estaba.

…oficio?

—Es un poli.

—¿Qué piensa usted exactamente?

—Que el asesino es de Viorne. Por una razón muy simple: de no serlo no habría vuelto tres noches seguidas al mismo viaducto. Si hubiera escogido tres viaductos distintos —y los hay en la región—, habría sido más difícil encontrarlo; casi imposible.

—Entonces es alguien de Viorne.

—Sí, hay cuatro probabilidades sobre cinco de que lo sea.

—En tal caso, ¿estamos encerrados con él en Viorne?

—Sí, sin duda.

—¿Y la víctima?

—Debieron de matarla en Viorne: por la misma razón, la proximidad del viaducto. Si le hubieran dado muerte en otra parte, ¿por qué deshacerse de ella aquí, en Viorne? No, es alguien de Viorne, que ha matado en Viorne y no ha podido marcharse, durante aquellas tres noches estaba físicamente imposibilitado para irse. ¿Ven, pues, adonde nos conduce esto?

—¿A alguien que no tiene coche?

—Eso mismo.

—¿Ni bici? ¿Nada? ¿Que sólo tiene sus piernas?

—Exactamente. Puede afirmarse que la personalidad del criminal se manifiesta ya a través de su crimen.

—No he oído que nadie dijese que habría previsto la verificación ferroviaria.

—Un asesino, un profesional habría pensado en ello. Vea, pues; ya sabemos lo que el criminal no es: por ejemplo un asesino.

—Pero esta solución, el tirar pedazos de la víctima en nueve trenes distintos, ¿supone ya la reflexión, una cierta

inteligencia?

—Si ha sido meditada, sí, sin duda.

—¿Quién nos queda, aparte de los profesionales?

—Quedan aquellos que habrían encontrado la solución de los distintos trenes pero que no habrían ido más lejos. Y aquellos que no han pensado en nada, que no han calculado nada, ni la hora, ni el número de trenes, y que por azar han ido a parar a un tren diferente cada vez.

—En su opinión, ¿la mayoría de la gente? —Sí. Aquí el azar tiene tantas probabilidades como el cálculo de no equivocarse.

—¿Qué más podemos saber?

—Es Claire.

—Que es alguien débil, físicamente quiero decir. Alguien fuerte habría hecho menos viajes, ¿sabe?

—También eso es verdad. ¿Quizá, sencillamente, alguien de edad?

—Sí, ¿o débil?

—¿O enfermo?

—Todo es posible. Aún podemos ir más lejos si esto no le aburre…

—Al contrario, siga.

—Es probable, además, que tengamos que vérnoslas con alguien metódico, escrupuloso.

—¿Ha dicho religioso?

—Es Claire.

—Sí.

—Quizá también religioso. Incluso puede ser la palabra más indicada, ya ve usted, señora. A causa de la cabeza que no ha sido hallada.

—Aquí; ya no le sigo.

—Si el criminal no tiró la cabeza con el resto, ¿podemos creer, en principio, que ha sido sólo para hacer imposible la identificación?

—Sí.

—Pues bien, reflexionando todo parece más complejo que eso.

—Puesto que estaba seguro de su acierto, debía tirar la cabeza al igual que el resto, ¿no?

—Es decir, dado su trastorno a lo largo de esas tres noches

que duraron sus viajes al viaducto, su cansancio —fantástico cuando se piensa en él—, su miedo terrible a ser detenido antes de haber terminado, uno se asombra de su prudencia. Aquí hay una incógnita en la actitud del criminal. O bien piensa que va a cometer el crimen perfecto, en cuyo caso desfigura la cabeza y la tira al igual que el resto, o bien tiene una razón personal, moral, se diría, para reservar a la cabeza una suerte distinta. Puede ser creyente, por ejemplo, o haberlo sido.

—Me parece que va usted muy lejos.

—¿Usted cree?

—¿Es posible que todo se venga abajo cuando se dé cuenta de que se equivoca por completo?

—Seguramente. Pero que nos equivocáramos de la *a* a la z sería al menos sorprendente. Es muy raro.

—Entonces, ¿todo ha ocurrido así?

—Sí. El misterio está encerrado con ustedes.

—En mi opinión, debemos de estar en presencia de lo que se podría llamar un crimen espontáneo. ¿Eso le sorprende?

—Sí. El acierto del viaducto, aun sin ir más lejos, es necesario al menos haberlo pensado antes.

—¿Por qué? ¿Por qué antes? ¿Por qué no pensar en ello justo en el momento en que pasa por el viaducto con su paquete, buscando desde hace horas qué hacer con él? Es usted, el lector del periódico, quien fabrica la idea de los nueve trenes. Reflexionando, puede desaparecer, transformarse en puro azar.

—¿Por qué está usted aquí a favor del azar, en contra de la premeditación?

—Porque este crimen es de una naturaleza que no armoniza con la prudencia.

—Un loco.

—¿Cuál es la diferencia?

—Todavía ella. Se diría que está en otra habitación.

—¿Entre qué?

—Entre un loco y un ser normal —en el caso del crimen—. Ella quiere decir: ¿cómo saber si es un loco o no?

—La diferencia empieza después del crimen. Uno puede decirse: un loco no habría tenido la paciencia de hacer aquellos viajes. Un verdadero loco no habría tenido esta regularidad de hormiga durante tres noches. En cambio, un loco podría haber guardado la cabeza. Ha ocurrido.

—Un loco tal vez habría hablado, ¿habría hablado ya?

—No, es probable que no.

—A su juicio, ¿acaso el criminal ha cometido una imprudencia en este crimen?

—Sí. Siempre hay una, en todos los crímenes. No puedo decirle nada más.

—¿Se trata de un loco o no?

—De nuevo ella. Había olvidado esta pregunta.

—No sé, señora.

También se sabe que la mujer asesinada no debía ser bella, que debía tener formas pesadas, la espalda cuadrada, rechoncha. Que era una mujer fuerte, una especie de… bestia.

—¿Una trabajadora?

—Sí.

—Al oírle hablar de ese modo, se podría creer que reconoce a alguien, es tonto…

—A todo el mundo, ¿sabe?

—Que no era bella, ¿qué deduce usted de ello?

—Que quienes hablan de crimen pasional, a mi entender, se equivocan.

—¿En el ayuntamiento no se ha comunicado ninguna desaparición?

—Ninguna. Es probable que no la haya. Ya lo habrían hecho. Usted está en lo cierto, hace siete días que la prensa habla de ello y nada. No, sin duda se trata de una persona que no tenía familia, ni amigos que lo fueran tanto como para inquietarse.

—¿O de una persona sola?

—Sola, ¿dónde?, ¿en un edificio? En un edificio, la portera ya habría venido a decir: Fulana no ha sido vista desde hace siete días.

—¿Entonces? ¿Sola en un pabellón?

—Tampoco. De tratarse de un pabellón, un vecino habría venido a decir: Fulana tiene sus postigos cerrados desde hace siete días; o bien: Fulana no ha sido vista desde hace siete días, los cubos de basura están fuera, etc.

—Qué imaginación… Entonces, ¿vivía en alguna parte?

—Eso, de cualquier modo…

—¿No lo ve usted?

—¿Era alguien que fue asesinado por las personas con las que vivía?

—Exactamente. Nueve probabilidades sobre diez de que sea así. No hay otra manera de explicar el silencio en torno a la desaparición.

Oh, va a tener sorpresas en Viorne. Tengo esa sensación. Un crimen, se huele de lejos, su color…

—Y aquí ¿con qué clase de crimen nos enfrentamos? Según usted, ¿por qué se ha producido esa muerte?, ¿me entiende?

—Le comprendo muy bien… A mi entender, me parece que quien lo hizo ha matado al otro como si se hubiera matado a sí mismo… Ya sabe, es el caso de muchos crímenes…

—¿Porque se detestaba a sí mismo, o bien al otro?

—No forzosamente…, porque estaban juntos en una situación común quizá demasiado inmóvil, y que duraba desde hacía mucho tiempo, no una situación desgraciada en sí misma, no, sino fija, sin salida, ya me entiende.

—Nadie se mueve. Todos estamos en la barra salvo Claire y Alfonso.

—¿Es una afirmación gratuita?

—Es una opinión personal. En nuestro lenguaje nunca son gratuitas. Llegué a ella eliminando la inverosímil hipótesis del interés, de la pasión…

—Sin embargo, es extraordinario no ver a nadie…

—Ahí, Pierre se dirige a Alfonso. Alfonso no responde.

—Mire, esos crímenes que de lejos parecen tan extraordinarios, se convierten casi en… naturales cuando se llega a la verdad. De tal suerte que a menudo no se ve cómo el criminal hubiera podido evitar cometerlos.

—Pero ¿y esta carnicería?

—Es una manera más de oscurecer las pistas. La gente está cegada por el asco, pero una vez que la persona ha muerto, que esté entera o en trozos… Diría más: aquí olvidamos muy fácilmente el martirio que ha debido vivir el criminal.

—Bueno, pues bien, señores.

—Es temprano, Alfonso…

—Es Claire. Alfonso se levanta.

—Todo tiene su explicación.

—Yo considero que nada de explicaciones, precisamente. No empezar con explicaciones, sin eso, ¿adonde se va? No iniciarlas en absoluto. Contentarse con las pruebas. Punto, eso es todo.

—No, Robert, creo que es mejor, en todos los casos, intentar comprender, adentrarse en las circunstancias lo más posible, lo más lejos posible, perderse, en ello, si es necesario, pero siempre teniéndolo en cuenta…

—Comprender, señor Lamy, es una suerte, una suerte tan grande y real y a la que se aspira tan naturalmente que es un deber no privar a nadie de ella, ni al público, ni siquiera a los jueces, ni siquiera a veces a los criminales.

—No, señor. Comprenderlo todo es imposible. Entonces, en un momento dado…, stop… Dejar de comprender. Sin eso, una vez más, ¿adonde se va?

—Robert, te aseguro que te equivocas.

—Estoy de acuerdo con el señor Pierre, Robert, usted se equivoca.

—Yo estoy de acuerdo con el señor Lamy.

—Robert, te lo ruego…

—Yo no quería oír nada, es así como a veces se es tonto.

—Tú, Robert, tan generoso, siempre dispuesto a comprenderlo todo, ¿por qué, de pronto, hablas de esta manera? Me siento desolado, Robert.

—Cuestión de vida y de muerte. En Seine-et-Oise la gente tiene miedo. ¿Qué hacen con esos vagabundos que, de día y de noche, circulan por las carreteras de Seine-et-Oise?

—¿Robert?

—¿Qué?

—Nada.

—No entendí lo que Alfonso quería de mí. Se volvió a sentar y guardó silencio.

—Nunca se está al abrigo de una idea que se nos ocurre. Nadie puede decir: jamás haré esto. Recuerdo un crimen: era un obrero agrícola de los alrededores, excelente desde todo punto

de vista. Una tarde arrancaba patatas en un campo y pasó una mujer. La conocía desde hacía mucho tiempo. ¿Acaso la deseaba, la amaba sin confesárselo? Ella se negó a seguirle al bosque. El la mató. Entonces, ese crimen, ¿debe ser castigado como cualquier otro?

—Pierre se volvió hacia Alfonso.

—¿Qué dijeron?

—Se consideró que aquel hombre había sufrido una crisis de locura. No le cayó gran cosa. Creo que diez años.

—En el fondo, la causa de la mayoría de los crímenes es, quizá, ni más ni menos, la posibilidad…

—Preste atención, ése es Pierre que empieza…

…en la cual uno se encuentra para cometerlos. Suponga que vivimos día y noche, muy próximos, por ejemplo…, a una máquina infernal…, que basta con pulsar un botón para que se ponga en *funcionamiento*. Un buen día lo hacemos. Vivimos con alguien durante años, y luego, una noche, nos asalta la idea. Al principio, nos decimos que si la idea acude, podríamos hacerlo —sin tener en absoluto intención de hacerlo, sin duda—. En seguida, entonces, nos decimos que otro en nuestro lugar podría hacerlo, otro que sí tendría razones para hacerlo. Y más tarde nos decimos, aun, que siempre hay razones para hacerlo, siempre, y que, en nuestro lugar, otro menos…

—…¿débil?

—De vez en cuando a Pierre le da por hacer discursos. Creo que quiere demostrarle su saber al policía.

—…débil es sin duda la palabra: otro menos débil que usted lo haría. Es así como eso empieza. Y después la idea vuelve más y más a menudo, y luego un día está allí, se instala allí.

Crece, crece, llena la casa, uno tropieza con ella. Y después, ya está.

—¿Qué está contando?

—Claire. Se dirige a Alfonso.

—Tonterías.

—Y luego un día se hace. Y ahí está. Después es otra historia.

—¿Por qué desvarías de este modo, Pierre?

—Me parece que Alfonso ríe.

—Desvarío porque tengo una idea. Porque ese señor tiene la misma. Tú también. Y porque tengo ganas de decirla.

—Se lo ruego.

—No, antes que decírsela a usted preferiría reventar.

—Salgo de la barra, voy hacia Pierre. Todos nos hemos convertido en polis. Quiero que diga lo que piensa, que revele el pensamiento del poli.

—Voy a decirle la idea que tiene. Cree que el crimen que acaba de contar —el obrero agrícola que mata a esa mujer— es lo que ha ocurrido en Viorne.

—Pierre no responde. Yo insisto.

—¿Y es por eso que hace siete días que no vienes?

—No, no es por eso.

—Esperamos. Pierre no dice nada más. El policía ataca de nuevo.

—Usted piensa que el señor Alfonso sabe quién cometió el hecho y no lo dice. Eso es lo que usted piensa.

—Sí, eso es lo que pienso.

—Todos nos volvemos hacia Alfonso. Claire se levanta. Alfonso no se mueve.

—Dilo pues, ¿estás loco? Dilo pues, *Pierre*, ¿qué te ocurre?

—Perdóname, Robert.

—¿Por qué tienes esa idea?

—Leo demasiados periódicos, Robert. He tenido la impresión de que Alfonso ocultaba algo y de repente no he podido soportarlo.

—¿Es por eso por lo que ya no vienes?

—No, no es por eso.

—Entonces, ¿por qué?

—No te importa.

—Alfonso se levanta, va hacia Pierre. Jamás le he visto encolerizado.

—Suponiendo que tenga una idea sobre el crimen, Pierre, ¿quieres que se la diga? ¿Pero qué te ocurre?

Responde a mi pregunta, Pierre.

—De pronto tuve ganas de saber. Ha sido más fuerte que yo.

—¿Me permite arreglar esto? Vamos, señor Robert.

—No debe pagar las cuentas a menudo, señor. Nosotros, sabe, no rehusamos eso.

—Vamos, no piense más en ello.

—Pierre estaba abrumado. Alfonso se había calmado. Se acercó a Pierre y le colocó la mano en el hombro. Claire no se movía; de pie, les miraba.

—Todo el mundo sabe que nunca duermes, que te paseas por el bosque. Ya sabes, conoces a todo el mundo, tú vives en el bosque, y a mí no me quitan de la cabeza que ha sido en el bosque donde ha sucedido. Entonces me dije que tú al menos debías tener una idea. Y luego ha intervenido el encanto del poli.

—Basta, Pierre.

—Sí.

—El señor Alfonso no ha dicho si el señor Pierre se equivocaba.

—Empezamos de nuevo a mirar a Alfonso.

—¿Claire no se mueve?

—Me parece que sí, pero hacia el poli, ya.

—Lo he inventado todo. Déjele tranquilo.

—Pero no tengo la intención de interrogar al señor Alfonso. No se inquiete. Era sólo una observación.

—Vuelve a tu casa, Alfonso.

—No.

—Y Pierre ha empezado de nuevo.

—¿Al menos puedes decir algo?

—Lo encontrarán solos, no me necesitan a mí. ¿No es así, señor?

—Si usted lo dice, señor Alfonso, ¿es que acaso sabe, como yo, que el crimen se cometió en Viorne?

—¿En la noche de 7 al 8 de abril?

—¿Y precisamente en el bosque, cerca de su casa, a cincuenta metros del viaducto, en lo alto del talud?

—Alfonso no responde. Ríe. Hay un largo silencio. Luego Alfonso responde.

—Es verdad. En el bosque, a cincuenta metros del viaducto. Oí los golpes.

—Claire se mueve. Se coloca muy cerca del poli. La habían olvidado.

—No fue en el bosque.

—Basta ya con esta historia. Se habla o se calla. No se empieza a hablar para luego callarse. Basta o cierro.

—¿Qué dices, Claire? ¿Claire?

—No fue en el bosque.

—No haga caso de lo que dice, señor, está a punto de volverse completamente loca, esta vez va en serio, usted no puede saberlo pero yo que soy su marido le digo que…

—¿Qué quiere decirme, señora?

—Pierre coge a Claire, la empuja lejos del poli. Ella regresa hacia el poli. El poli está muy sereno, sonriente.

—¿Desea decir algo, señora?

—Sí.

—Entonces la joven interviene, ha llegado su turno.

—Es muy difícil lo que esta señora tiene que decir, ¿no es así, señora?

—Quiere hablar de su prima Marie-Thérése Bousquet,

¿verdad, señora?

—Esa fue la evidencia, fulminante.

—Pero, ¿cómo?

—¿Usted la conocía…?
—Pero…, ¿Cómo…?
—Se conoce a todo el mundo.
—Pero Marie-Thérése Bousquet se fue, señor, ¿qué le sucede?
—¡Pierre, cierro!
—Tenemos todo el tiempo, ¿no es así, señora?

—¡Te digo que cierro, Pierre!
—Pues no, no cerrará. Venga por aquí, señora, venga conmigo.
—¡Pierre, Pierre, cierro!

—Alfonso no decía nada. Miraba a Claire.

—Pero, ¿qué le sucede? Marie-Thérése se fue a Cahors, ella se lo dirá. ¡Claire!

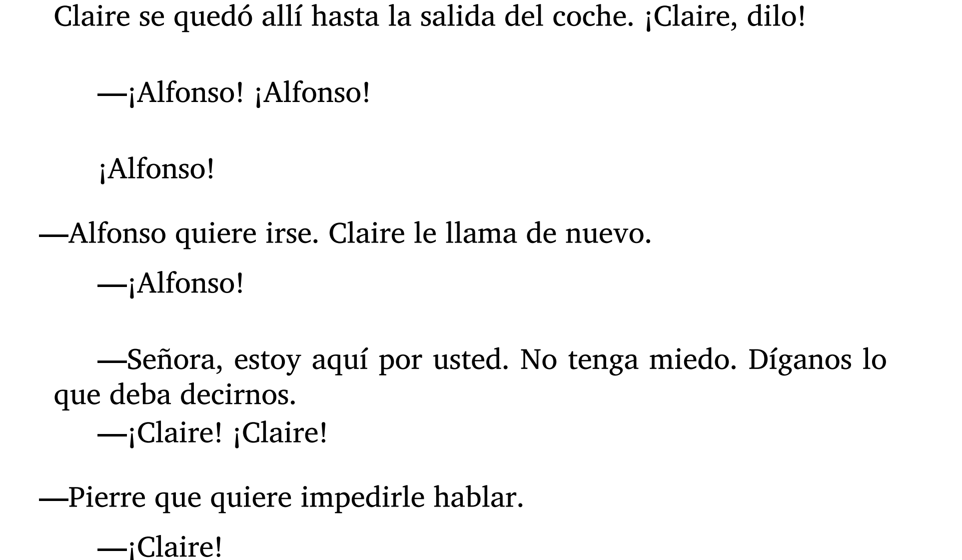
—¿Cómo se fue Marie-Thérése, señora?

—Ella no le responderá, señor, jamás responde cuando se le pregunta, déjela hablar sola. ¡Claire!

¿Ve?, ya no le responderá. Y, por lo demás, ¿para qué puede interesarle eso? Imagino que Marie-Thérése ha hecho su maleta y ha tomado el coche hasta la estación de Austerlitz. Una idea que tuvo temprano, eso es todo, eso es todo…
—¿Usted la vio marcharse?
—Pierre, nadie sabía que se había ido, ¿comprendes?, entonces nos ha sorprendido, pero tú, ¿la has visto partir?, dilo… Precisamente me decía: Mira, Marie-Thérése ya no está ahí…

—Pierre…, dilo.

—Señor, usted lo sabe, volverá de Cahors. ¿No es verdad, Claire? Ya lo ve, no responde, es necesario conocerla… ah… Pero ella me ha contado… se separaron en la misma puerta.



Claire se quedó allí hasta la salida del coche. ¡Claire, dilo!

—¡Alfonso! ¡Alfonso!

¡Alfonso!

—Alfonso quiere irse. Claire le llama de nuevo.

—¡Alfonso!

—Señora, estoy aquí por usted. No tenga miedo. Díganos lo que deba decirnos.

—¡Claire! ¡Claire!

—Pierre que quiere impedirle hablar.

—¡Claire!

—Y luego, nadie dijo nada más.

—No fue en el bosque donde asesinaron a Marie-Thérése Bousquet, sino en una bodega, a las cuatro de la madrugada.

—Sabíamos que se trataba de Marie-Thérése Bousquet pero no sabíamos cuál de ustedes tres era el asesino.

Sobre los trozos del cuerpo había inscripciones con carbón: las palabras Cahors y Alfonso. La prensa no tenía derecho a decirlo.

Señora, debe acompañarnos.

—*¿Pierre Lannes no le había hablado jamás de su mujer?*

—No, jamás, creo que a nadie. Pero Alfonso y yo lo sabíamos.

—*¿Qué?*

—Que un día u otro ella perdería por completo la razón y que Pierre acabaría separándose de ella.

En suma, todo pasó como si se la hubiera arrojado en brazos del policía.

—*¿Después no dijo nada?*

—Nada. Se dejó llevar.

Estaba fascinada por aquel hombre. Cuando habló —le miraba— era como si *él* le hubiera dictado las palabras, una por una.

—*¿Usted habla ciertamente como alguien que no cree del todo en la confesión de Claire?*

Si lo juzga conveniente, puede no responder a las preguntas.

—Entonces no respondo.

—Si usted, Robert Lamy, la hubiera creído culpable, al principio, ¿la hubiera protegido de la policía?

—No respondo.

—¿Piensa usted que si Alfonso la hubiera creído culpable la habría protegido de la policía?

—Sí.

—¿Y aquella noche Alfonso no hizo nada para protegerla?

—Usted oyó que en una ocasión él dijo que regresaba a casa y ella le retuvo diciendo que era temprano. Y que una vez —al final— llamó «Alfonso» un poco como si gritara «auxilio». Aquella segunda vez se había dirigido hacia la puerta, quería partir de nuevo.

Pero es cierto que podría haber hecho más. Hubiera podido arrastrarla fuera, ella le habría seguido. No lo hizo.

Si no lo hizo es que no sabía nada, no sabía que ella corría el peligro de ser arrestada, ¿se da cuenta?, me parece que es lógico.

—¿O que temía —si hubiera insistido demasiado— que ella mostrase realmente su locura, que le preguntara por qué quería irse, que hablara demasiado?

—No había pensado en eso.

Quizá fue allí, en *Le Balto*, mientras el policía hablaba, cuando —antes que nosotros— comprendió. Demasiado tarde, pues, para hacer lo que fuese. En mi opinión, jamás se sabrá lo que sabía o lo que no sabía.

—¿Por qué, a su parecer, confirmó la mentira del policía sobre el lugar del crimen?

—Para burlarse de él. Reía al decir que había oído los golpes en el talud del viaducto. Hubiera confirmado cualquier cosa.

—¿Es grave para él al menos?

—Claro que no, Pierre y yo estábamos allí para testimoniarlo: quería burlarse del policía. ¿Pero no lo ha dicho en el sumario?

—Creo que sí.

—Entonces, ¿lo ve?

—Usted, ¿creyó que el policía se equivocaba?

—No, creí que decía la verdad. Creo que Alfonso fue el único en saber que el policía inventaba el lugar. Ante todo él, vive, habita efectivamente, el bosque. Después, puesto que seguía la conversación de lejos, un poco como espectador, debió de ver la mentira. Está en lo cierto cuando dice que si Alfonso hubiera sabido el lugar exacto del crimen hubiera conservado la calma.

—No estoy seguro de ello. Por lo demás, creo que usted tampoco.

—¿Cómo quiere que él adivinara que ella se precipitaría a partir de allí, de esa palabra: bosque?

—¿Qué más piensa después de haber escuchado esta cinta?

—Que hubiéramos debido empezar a temer por ella mucho antes, desde que llegó al café y vio al policía. Pero es falso. Ciertamente, aquel miedo existía, pero no es eso lo que uno cree ahora. Era el miedo a que el policía se diera cuenta de que allí había una mujer un poco loca. Nada más.

—¿Y que la actitud de esta mujer le llevara a sospechar de ella?

—Que le llevara a sospechar de uno de nosotros, í ll.i, ¿cómo podíamos pensarlo?

Indefensa como estaba, debo decirle que, personalmente, estoy contento de que Alfonso haya abandonado Francia.

Yo también me iré de Viorne. Ya no puedo seguir aquí.

¿Por qué me ha hecho aquella observación sobre el miedo que usted tenía de que Claire pasase por una loca ante los ojos del policía?

—La hice en el momento en que el policía señalaba que todos estábamos un poco raros aquella noche, precisamente como personas que juntas tienen miedo de una misma cosa. Que tienen un secreto.

—Habla como si para todos ustedes se tratara de hacer frente a la policía.

—Es natural.

—El policía sólo señaló una cosa: que al principio de la velada Alfonso callaba durante todo el tiempo, y miraba a Claire.

—Siempre habla muy poco. Evidentemente la policía no podía saberlo. Ya ve usted que teníamos razones para desconfiar.

—Usted, ¿temía sobre todo por Alfonso?

—Sin duda, pero, en realidad no me daba cuenta de ello.

—¿Cómo era Pierre Lannes?

—Le he dicho cómo le encontré en aquel momento; preocupado. Ahora iré un poco más lejos. Diría: asustado. Pero aquí me equivoco de nuevo: tengo tendencia a creer que debía de temer que Claire hablase de la partida de Marie-Thérése hacia Cahors. Como ahora sé —ya no puedo ignorarlo, no hay nada que hacer— lo que ella le había dicho la mañana del crimen, me digo: es de eso de lo que tenía miedo. Pero me equivoco, lo sé. Estoy seguro.

Lo que ocurría es que debía de estar asustado por el futuro a causa de la partida de la prima que le dejaba solo con Claire. ¿En qué acabarían convirtiéndose? Pero oso es todo.

En este momento estoy pensando ante usted.

—¿No *fue nunca a casa de los Lannes*?

—Nunca. En la vida de pueblo no suelen hacerse visitas. Lo cual no impide que sepamos mucho los unos de los otros, casi todo.

—¿Encuentra normal que Pierre Lannes diga que él no habría pensado en la verificación ferroviaria?

—Sí, como todo el mundo.

—Según usted, ¿ha cambiado en los últimos tiempos —en lo moral, se entiende?

—Desde hace unos años ya no es, ciertamente, el mismo hombre.

¿Sabe usted que se había presentado para el Consejo municipal de Viorne? Sí. Hace cinco años. No salió elegido, y eso fue para él una decepción muy grande.

No creo que le hable de ello. Su pasión era la política. Se había abstenido de practicarla durante mucho tiempo. Luego, un buen día se presentó. Pensó que todo marcharía sobre ruedas con la excelente reputación que tenía en Viorne. Se equivocó.

—¿Fue en parte a causa de su mujer que no fue elegido?

—¿Se lo han dicho?

—No. ¿Usted qué cree?

—Se ha dicho. Pero también se dijo que era porque ya estaba entrado en años. También que era muy libertino, algunos lo dijeron.

—¿Qué sabe de ella?

—¿De ella? Todo el mundo podía verla sentada en el banco de su jardín. En los últimos tiempos, una vez de cada dos no te veía ni cuando pasabas. Y su pereza era notoria. Se sabía que era Marie-Thérése Bousquet quien hacía todo en su casa.

Eso debe de suceder más a menudo de lo que se cree: la de pacíficos locos que guardan un pueblo. Hasta el día en que se produce la catástrofe.

—De su pasado anterior a Viorne, ¿sabe algo?

—No. Sé lo que ha pasado en Viorne. Por ejemplo, sé, como mucha gente, que él la engañaba mucho y que a ella no le importaba en absoluto, pero sobre su pasado en Cahors, sobre su juventud, no sé nada.

—¿Qué sabe usted que los demás no sepan?

—Que él no era feliz.

—¿A causa de ella?

—No sólo por eso —ella no ocupaba un lugar tan importante en su vida—, no. Era porque se acercaba a la vejez y eso le impedía tener tantas aventuras como antes. Por eso estaba desconsolado. Lo sé, estoy seguro sin que me hablara de ello.

—¿No sentía vergüenza de su mujer?

—Vergüenza creo que no es la palabra. No, no incitaba a la

vergüenza.

Debía de temer lo que podía decir y que la tomaran por una loca, pero sólo porque se encontraba ante extraños. No delante de nosotros. Cuando ella sostenía sus discursos soporíferos, la dejábamos hablar. Alguna vez Alfonso la escuchaba. Pierre y yo hablábamos por nuestra cuenta.

A veces nos quedábamos solos los cuatro después de cerrar. *Me* gustaba charlar con él. No es tonto y está al corriente de todo. Es un buen hombre y, así como ella estaba loca, él era tranquilo y tocaba de pies en el suelo.

—*¿De qué hablaba cuando le ocurría aquello?*

—Oh, de todo. De lo que había visto en la calle, en la televisión. Tenía una manera de contar las cosas que hacía reír a Alfonso; ella lo sabía muy bien; entonces, a menudo, le contaba las películas que había visto por televisión. Yo confieso que no podía escucharla. Para mí era aburrido lo que decía. También para Pierre. Pero no para Alfonso. Como ve, eso dependía de las personas.

—*¿Cómo era...?, ¿qué decía?*

—Eran diez cosas a la vez. Eran chorros de palabras. Luego, de pronto, el silencio.

—*¿No tenía ni pies ni cabeza?*

—No, puesto que Alfonso, por ejemplo, lo reconocía. Pero se necesitaba una gran atención para seguirla. Alfonso me dijo una vez: «Deberías intentar escuchar cuando habla». Lo intenté, jamás llegué al final de uno solo de sus discursos.

—*¿Tenían un principio y un final?*

—Sin duda, pero uno los perdía. Rápidamente se disparaba en todos los sentidos, eran relaciones entre todo y todo, en las que uno no habría pensado.

—*Pero, ¿no hablaba nunca de tal o cual persona de Viorne?*

—Muy raras veces. Siempre se trataba, bien del periódico, bien de la televisión, bien de sus propias ideas, ¿sabe? O en todo eso a partir de eso.

—*¿Era locura?*

—No lo sé. Incluso ahora me niego a afirmarlo.

—*Usted acaba de hablar de los locos pacíficos que guarda un pueblo.*

—Es una manera sencilla de hablar.

—*Usted también ha dicho que sabía que un día perdería completamente la razón.*

—Sí. Ello no impide, si usted me exige que decida aquí, así, de una vez por todas si estaba loca o no, que yo no pueda hacerlo. En otra casa, con otra gente, con otro hombre, las cosas tal vez habrían sucedido de otro modo, ¿quién sabe?

—A pesar de esta especie de locura, ¿pasaba por ser inteligente?

—Para Alfonso, sí. Decía que si hubiese triunfado en su reflexión habría sido una persona muy inteligente. Los otros no se lo planteaban. Supongo, para mí, quiero decir, que él era más inteligente que ella.

—¿Vio de nuevo a Alfonso antes de que se marchara a Italia?

—Sí. Vino a verme la víspera, hace ya tres días. Hablamos de esto y de aquello, y hablando fue como me anunció que abandonaba Francia al día siguiente.

—¿No le preguntó nada sobre lo sucedido?

—No me habría atrevido a hacerlo. Y además sabía que era inocente aun cuando estuviera comprometido.

—¿De qué hablaron?

—De la vida que le esperaba en Módena. Y también un poco de ella, de Claire. Me dijo que hacía diez años había experimentado un sentimiento hacia ella y que si no hubiera estado Pierre la habría llevado con *él* a su cabaña. Era la primera vez que me lo decía. Jamás había sabido nada.

—¿Lamentaba no haberlo hecho?

—No habló de lamentaciones.

—¿No le preguntó por qué abandonaba Viorne?

—No valía la pena, lo sabía. Abandonaba Viorne porque tenía miedo de lo que podía decir Claire en el sumario, de lo que inventaría para hacerle ir a prisión también a él. Todo estaba en su contra: obrero agrícola, soltero y extranjero por añadidura. Optó por abandonar Francia.

—¿Sabía que ella intentaría comprometerle?

—Sí, lo sabía. Pero no por maldad. Por… locura —digo esta palabra a falta de otra—. Desde el momento en que iba a prisión, era probable que hubiera querido que él fuera también. Ella estaba unida a él.

—¿Y él?

—El también.

Acaso pensaba que podrían estar juntos en la misma cárcel, ¿quién sabe? Ella quizá lo diría.

—¿Alfonso cómo sabía eso, entre otras cosas?

—No sé. Lo sabía.

—¿Sin haber hablado nunca del tema con ella?

—No veo cuándo hubieran podido hablar a solas.

—¿Sabe que a veces salía por la noche?

—Lo sé, porque él lo declaró en el sumario. Lo he leído en el

periódico. De lo contrario no lo hubiera sabido.

—¿Entonces, puesto que él también se paseaba por la noche —parece que dormía muy poco— debían de encontrarse, hablar?

—Es posible. Pero yo no digo que lo sepa. Jamás les vi juntos salvo en *Le Balto*, y con Pierre, jamás solos y nunca en otra parte.

En mi opinión, nunca hubo nada entre ellos, *incluso* antes.

—¿Se lo habría dicho a usted?

—Eso no, pero en cualquier caso no lo creo.

—Ella declaró que se habían encontrado durante la tercera noche después del crimen. Él dice que no. ¿Usted qué piensa?

—Usted sabe que si él ha mentido a la policía ha sido, en suma, para no abrumarla. Entonces eso no cuenta. Es comprensible. Quería proteger a esta mujer.

—Así pues, durante aquella última velada, ¿no habló del crimen?

—No. Hablamos de ella, como ya le he dicho, pero del pasado.

—¿No encuentra extraordinario no haber dicho ni una sola palabra sobre el crimen?

—No.

—¿Por qué Claire no habrá dicho a Alfonso que había matado a Marie-Thérése Bousquet?

¿Por qué habrá evitado decirle precisamente eso, cuando sabía que podía estar segura de él?

—¿Cuándo se lo habría dicho?

—¿La noche de Viorne?

—Pero, ¿de modo que él niega haberla encontrado? Entre los dos prefiero creerle a él.

¿Me permite que le haga un par de preguntas?

—Sí.

—¿Qué le revela mi narración sobre el crimen?

—Sobre el crimen nada, a no ser que usted comparta las mismas dudas que yo acerca de la culpabilidad de Claire. Sobre Claire, su relato me revela algo muy importante, a saber, que ella estaba menos aislada en Viorne de lo que se hubiera podido creer en un principio, que estaba protegida por Alfonso e incluso un poco por usted.

—A pesar de ello estaba sola, como lo está una loca en todas partes.

—Sí, aunque su locura no era de una naturaleza que la separara, por completo del mundo, que la tornara indiferente a todos.

—Usted lo sabe, yo estoy aquí por Alfonso. Sólo por ella no habría respondido a sus preguntas. No tenía relaciones personales con ella. A

menudo venía al café, como muchas otras personas, y a la fuerza uno cree que se les conoce, pero es necesario hacer una diferencia entre conocerse y conocerse. A Alfonso, a Fierre, sí que los conozco, pero no a ella. Como mujer, debo decir que nunca me ha gustado mucho.

—Con Alfonso, ¿hablaron de ella como de una loca?

—No, al principio como de una mujer, una mujer que estaba loca en ciertos aspectos, pero no esencialmente como de una loca. Con respecto a ella no dijimos esa palabra. Habría sido condenarla. Antes que de ella, más bien se habría dicho de otras personas que no estaban precisamente locas.

La segunda pregunta que le hago es ésta: ¿qué interés tiene a sus ojos el que Alfonso supiera o no lo que Claire había hecho?

—Indago quién es esta mujer, Claire Lannes, y por qué dice haber cometido ese crimen. Ella no da ninguna razón para ese crimen. Entonces indago por ella. Y creo que si hay alguien que sabe algo sobre el asunto, es Alfonso.

Suponiendo, claro está, que sea culpable, me digo esto: o bien Alfonso lo sabía todo, y si ha dejado que la cogieran es porque no tenía esperanzas de verla salir de la locura y prefirió que la encerraran, o bien Alfonso no sabía realmente lo que había pasado, no tenía más que una sospecha, y si ha dejado que la cogieran es porque también él quería poner fin a algo.

—¿A qué?

—Digamos que a una situación general de Claire.

—Creo ver lo que quiere decir.

—Quizá haya dejado que la policía la cogiera por la misma razón que a ella le impulsó a matar. Así que habrían hecho lo mismo, ella cometiendo el crimen, él dejando que la cogiera la policía.

—¿No era amor?

—¿Cómo llamar a esta simpatía tan grande, y que habría podido, seguramente, adoptar la forma del amor pero también muchas otras formas?

—¿Sin que se hablen?

—Aparentemente, sí.

¿Qué había entre Marie-Thérése Bousquet y Alfonso?

—Nada más que alguna encamada de vez en cuando. Era un hombre al que no le disgustaba la debilidad de Marie-Thérése.

—¿Ni la locura de Claire?

—Tampoco.

—¿Nunca ha oído hablar de un hombre que jugó un papel muy

importante en la juventud de Claire, el agente de policía de Cahors?

—No, nunca.

—¿Habría interrogado a Alfonso si se hubiera quedado en Viorne?

—No. No hubiera dicho nada. Ya en el sumario no ha soltado nada sobre ella salvo lo de sus salidas nocturnas.

—Es verdad, no hubiera dicho nada.

Usted está seguro de que sabía algo, ¿no es así?

—Sí. Pero qué, no lo sé.

Y usted, ¿qué cree?

—Debía de saber algo sobre lo esencial, no sobre los hechos. Pero de ahí a afirmarlo es otra cuestión.

¿Verá a Claire y a Pierre?

—Sí.

—¿Tiene alguna idea sobre las motivaciones de este crimen?

—Algo se advierte a lo lejos, pero es imposible decir de qué se trata.

—Acaba de hablar como si Claire fuese la culpable.

—No, como si Claire fuese la culpable que pretende ser. Que pretenda haber cometido este crimen o que lo haya cometido verdaderamente, sus razones, si pudiera darlas, serían las mismas.

¿Se da cuenta de que usted y yo hemos omitido cierto acontecimiento de la velada?

—Sí.

—Hace un rato ha dicho que Pierre debía de temer durante toda la velada que Claire hablara de la partida de Marie-Thérese.

—Sí, lo recuerdo.

—¿«Temor» es la palabra exacta?

—No lo sé.

—¿Si alguien arrojó a Claire en brazos de la policía, ¿quién fue? ¿Pierre o Alfonso?

—Si no le conociera pensaría más bien que fue Pierre.

—¿Y conociéndole?

—Conociéndole, diría que aquella noche estaba de un humor que hubiera arrojado a todo Viorne en brazos de la policía.

—En su opinión, ¿a quién habría matado Pierre Lannes, aunque él lo ignore, con esa máquina infernal de la que hablaba?

—A él.

—Y si yo tuviera una opinión diferente de la suya acerca de la actitud de Pierre Lannes aquella noche, ¿querría conocerla?

—No.

II

—Le he pedido que viniera, para interrogarle sobre Claire Lannes, su mujer.

—¿Por qué?

—Respecto a un libro sobre el crimen que acaba de cometerse en Viorne.

—¿Cómo?

—Con un magnetófono. En este momento funciona.

Ya he interrogado a Robert Lamy.

Es libre de contestar o no a las preguntas.

—Acepto.

—¿Quiere decir quién es usted?

—Me llamo Pierre Lannes. Soy natural de Cahors. Tengo cincuenta y siete años. Soy funcionario del Ministerio de Hacienda.

—Vive en Viorne desde 1944, hace veintidós años.

—Sí. Aparte de dos años pasados en París después de nuestro matrimonio, siempre hemos permanecido aquí.

—Se casó con Claire Bousquet en Cahors en 1942.

—Sí.

—Sin duda sabe por el sumario que ella ha declarado haber actuado sola y que usted no estaba al corriente de nada.

—Es la verdad.

—¿Tuvo conocimiento del hecho al mismo tiempo que la policía?

—Sí. Me enteré de todo cuando ella confesó en el café *Le Balto*, la noche del 13 de abril.

—Antes de aquella noche, durante los cinco días que siguieron al asesinato, ¿no sospechó nada de lo sucedido?

—No. Nada.

—Quisiera que me repitiera lo que le dijo para justificar la ausencia de su prima, Marie-Thérése Bousquet.

—Me dijo: «¿Sabes?, Marie-Thérése ha regresado a Cahors esta mañana muy temprano». Eran cerca de las siete, cuando me levanté.

—¿Le creyó?

—No creí que dijera toda la verdad pero pensé que decía una parte de ella. No creí que mintiera.

—¿Siempre creyó lo que le contaba?

—Sí. Quienes la conocían le creían. Pensaba que, si en otras ocasiones me había mentido sobre ciertos puntos de su pasado, ahora ya no me mentía en absoluto.

—¿Sobre qué pasado?

—El anterior a nuestro encuentro. Pero está lejos, no tiene nada que ver con el crimen.

—¿No se asombró por la partida de su prima?

—Sí, me asombré mucho. Pero confieso que pensé sobre todo en la casa, en lo que sucedería durante su ausencia, una catástrofe. La interrogué. Me contó una historia coherente, me dijo que Marie-Thérése se había ido a ver a su padre, que quería verle de nuevo antes de su muerte, que regresaría en pocos días.

—Pasados esos pocos días, ¿le recordó el asunto?

—Sí. Entonces me dijo: «Estamos tan bien sin ella que le he escrito diciéndole que no regrese». No le respondí.

—¿Le siguió creyendo?

—Creí que me ocultaba algo pero no pensé que me mintiera, nunca.

No me esforcé por saber toda la verdad. La partida de Marie-Thérése era para mí un acontecimiento *muy penoso.*

—¿Pero pasaron por su cabeza varias suposiciones

—Sí. La única que conservo es ésta: que Marie-Thérése se había ido porque de repente se había hartado d«. nosotros; de nosotros, de Viorne, de la casa, y no se había atrevido a decírnoslo. Que escogiera el pretexto de volver a ver a su padre antes de su muerte me pareció una manera delicada de abandonarnos.

—¿Qué otras suposiciones hubiera podido hacer conociendo a Marie-Thérése como la conocía?

—Que podía haberse ido con un hombre, un portugués —a los portugueses no les importaba que fuera sordomuda, no hablan francés.

—Y con Alfonso, ¿hubiera podido irse?

—No, ni siquiera antes; lo que hubo entre Marie-Thérése y Alfonso nunca fue algo sentimental. Era una especie de comodidad, ¿comprende?

Lo que no pensé en absoluto es que ambas hubieran podido reñir.

—¿Qué pensó hacer entonces?

—Esperaba arreglármelas para internar a Claire en una casa de reposo antes de ir a Cahors en busca de Marie-Thérése. De aquel modo podría anunciar a Marie-Thérése la noticia, decirle que estaba solo y que el trabajo sería menos duro.

—Dicho de otro modo, ¿aquella partida era para usted algo provechoso para separarse de Claire?

—Sí. Penoso, pero al menos provechoso. Incluso diría que un provecho inesperado.

—¿Y si Marie-Thérése Bousquet hubiera insistido en que no deseaba regresar pese a la partida de Claire? ¿Pensó en ello?

—Sí. Hubiera contratado a alguien. Era muy necesario. No puedo llevar solo la casa.

—¿Pero desembarazándose de Claire a la vez que recuperaba a Marie-Thérése?

—Sí, todavía mejor, si puedo decirlo, porque una persona nueva no hubiera soportado en absoluto la presencia de Claire en la casa.

—¿Es por todas estas razones por lo que no insistió en saber más sobre la partida de Marie-Thérése?

—Quizá.

Pero también ocurre que la vi muy poco durante aquellos cinco días. Hacía buen tiempo, se quedó en el jardín. Era yo quien iba a hacer las compras al regresar del trabajo.

—¿No comía?

—No, no quería. Creo que comía por la noche. Necesitaba comer algo.

Una mañana vi que había menos pan.

—¿Se hallaba muy abatida durante aquellos cinco días?

—Cuando me iba, ella estaba en el jardín. Cuando regresaba, seguía allí. La veía muy poco. Aunque no creo que estuviera abatida. Me refiero al período de los cinco días que siguieron al crimen. Me pierdo un poco con las fechas. Durante el período del crimen, recuerdo muy bien una ocasión, sí, la encontré dormida en el banco, en el jardín, parecía extenuada. Al día siguiente se marchó a París. La encontré totalmente acicalada hacia las dos de la tarde. Me dijo que se iba a París. Regresó tarde, hacia las diez de la noche. Debían de haber pasado siete días desde aquello. Fue cinco días antes de la velada en *Le Balto*, el sábado.

—Es decir, ¿la víspera de la última noche que pasó en la bodega?

—Si no nos equivocamos, sí, eso es.

—¿Iba poco, por París?

—Desde hace unos años, sí, raras veces.

Aparte de ese viaje a París, durante o después del crimen, ha debido de pasar sus días en el jardín.

—Al parecer siempre pasó mucho tiempo en el jardín. Entonces, ¿cuál es la diferencia?

—Es decir, ninguna… salvo que ya no se respetaba ningún horario en la casa desde que Marie-Thérése no estaba, y podía permanecer allí tanto como quisiera, hasta la noche.

—¿No la llamaba?

—Ya no tenía ganas de hacerlo.

Confieso que me daba un poco de miedo desde hacía algún tiempo, desde que había tirado el transistor al pozo. Pensé que era el fin.

—Aquel miedo, ¿no era también una sospecha?

—No fue una sospecha lo que condujo a lo ocurrido. ¿Cómo quiere que uno se imagine algo semejante?

—¿Ha vuelto a verla después de que la detuvieran?

—Sí, al día siguiente, fui a la prisión y me dejaron verla.

—¿Qué impresión le causa ella ahora?

—Ya no comprendo nada, ni siquiera a mí mismo.

—¿De qué tenía miedo?

—En la ausencia de Marie-Thérése lo temía todo.

—¿Ella la vigilaba?

—Sí, por supuesto. Era preciso. Amablemente, descuide usted. Temía que formara un escándalo, que se suicidara… Usted sabe que tras semejantes acontecimientos uno cree recordar cosas que tal vez no ha pensado.

—¿No fue a la bodega durante aquellos días?

—Voy a buscar leña en invierno. Allí, hacía calor, ya no hacíamos fuego. Por lo demás, sin que le hubiera preguntado nada, cuando cruzaba el jardín para irme, me dijo: «Marie-Thérése se ha llevado la llave de la bodega, no vale la pena ir allí».

—¿Temía que se suicidara o acaso lo esperaba?

—Ya no lo sé.

—Aquella escena en Le Balto *en la que sostuvo una curiosa conversación, ¿se acuerda bien?*

—Sí. Muy bien.

Aún no entiendo lo que me sucedió.

—Si quiere volveremos a hablar de ello.

Quisiera preguntarle: en su opinión, ¿cree que actuó sola o alguien la ayudó?

—Estoy seguro: sola. ¿Cómo podría ser de otro modo?

—Parece que declaró que había encontrado a Alfonso una vez, hacia las dos de la madrugada, cuando iba al viaducto con su cesta de la compra.

—Entonces, no sé.

¿Interrogaron a Alfonso antes de su partida?

—Sí. Negó haberla encontrado después del crimen. Pero dijo que la veía a menudo por el pueblo, de noche, y ello desde hacía años.

—¿De verdad? No es posible.

—¿A *menos que Alfonso no diga la verdad*?

—No, si lo ha dicho es verdad.

—¿Qué decía ella de Alfonso?

—No hablaba de él más que de los otros. Cuando venía a cortar madera estaba contenta. Decía: «Suerte que Alfonso está en Viorne». Eso es todo.

—No estoy aquí para interrogarle sobre los hechos, como usted sabe, sino sobre el fondo. Es su opinión sobre ella lo que importa.

—Comprendo.

—¿Por qué, según usted, declaró que había encontrado a Alfonso?

—Le amaba mucho; en consecuencia, normalmente, no debía haber dicho nada sobre ello para evitarle problemas. No sé.

—¿Acaso cree que sentía afecto por Alfonso?

—Era un buen hombre que vivía en una cabaña en el bosque, en la parte alta, ya sabe. Tampoco él hablaba mucho, es de origen italiano, soltero. Pero en Viorne se decía que Alfonso era un poco simple…, ¿comprende…? Ella debía de imaginar historias sobre él, sin eso, no, no me explico por qué estaba tan ligada a él.

—¿No se parecían un poco?

—Tal vez en el fondo, sí. Aunque ella era más refinada que él.

No creo que tuviera la misma reputación que él en Viorne, pero, en fin, quizá me equivoque.

¿Qué se dice de ella, está usted informado?

—Ahora se dice lo que siempre: que un día u otro… tenía que pasar a los hechos… Antes, no sé lo que se decía de ella. Pero nadie dijo que usted fuese desgraciado con ella.

—Siempre oculté la verdad.

—¿Cuál?

—Oh, sobre la vida que me hacía llevar. Era la indiferencia total desde hacía años.

Desde hacía años ya no nos miraba. En la mesa mantenía los ojos bajos. Cuando nos hablaba, se diría que levantaba un peso, como si se la hubiera intimidado. Como si nos conociera cada vez menos a medida que pasaba el tiempo. A veces he pensado que era la presencia

de Marie-Thérése la que la había acostumbrado a no hablar más, y hasta llegué a lamentar haberla hecho venir. ¿Pero cómo podía ser de otra manera? Ella no se ocupaba de nada. Tan pronto como terminaban las comidas regresaba al jardín o bien a su habitación, dependía del tiempo. Desde hacía años.

—¿Qué hacía en el jardín o en la habitación?

—Para mí, debía de dormir.

—¿Nunca fue a verla, a hablarle?

—No, ni siquiera pensaba en ello. Se tenía que haber vivido con ella para comprenderlo. Cuando se está casado desde hace tiempo ya no se habla mucho, pero nosotros aún menos que los demás. Aunque de vez en cuando era preciso hablarse. La ponía al corriente de las compras importantes, las reparaciones de la casa, yo me ocupaba de ello, siempre estaba de acuerdo, fíjese, sobre todo en las reparaciones. Un obrero en la casa, eso le agradaba mucho, le seguía por todas partes, le miraba trabajar. Incluso a veces era molesto para el obrero, en fin, el primer día, luego le dejaba hacer. En el fondo, era una especie de loca que se tenía en casa, aunque tranquila; es por eso que uno no desconfió lo bastante. Un el fondo, es eso. No hay que buscar otras razones.

Mire, fue en este punto cuando me pregunté si ella no lo había inventado todo, si realmente era ella quien había matado a esa pobre muchacha…

—Es ella. Las huellas digitales coinciden. Es irrefutable.

—Lo sé.

Ella, una mujer, ¿de dónde sacó las fuerzas…? Si no existieran las pruebas, ¿tampoco usted lo creería?

—Nadie lo creería, quizá tampoco ella.

Ella dijo que una vez —no precisó cuándo— le preguntó si ya le había sucedido el soñar que cometía un crimen. ¿Lo recuerda?

—El juez ya me lo ha preguntado. Hace dos o tres años, me parece. Una mañana. Recordé vagamente que me había hablado de un sueño de crimen. Debí responderle que aquello le ocurría a todo el mundo, que aquello me había sucedido también a mí. Debió preguntarme por qué. He olvidado lo que le respondí.

—¿Eso tampoco le impresionó?

—No.

—¿Y decía la verdad cuando afirmó que también a usted le había sucedido?

—Sí. Sobre todo una vez. Una pesadilla.

—*¿Cuándo?*

—Ya no lo sé muy bien, creo que un poco antes de que me hiciera aquella pregunta.

—*¿Qué ocurría en aquella pesadilla?*

—Es un poco lo que conté en *Le Balto*, el café de Robert, la noche en que ella confesó: pulsaba un botón, todo saltaba y…

—*Le recuerdo que no está obligado a responder.*

—Lo sé.

Pero es necesario hacerlo alguna vez. Era Marie-Thérése Bousquet.

Pero al mismo tiempo, en la pesadilla, lloraba porque me daba cuenta de que me había equivocado de persona. No sabía con claridad quién debía morir, pero no era Marie-Thérése. Me parece que ni siquiera era una mujer.

—*¿No ha intentado recordar quién era?*

—Sí, pero no lo conseguí.

Esto no tiene nada que ver con lo que acaba de ocurrir, ¿por qué me pregunta sobre ello?

—*Le repito que no está obligado a responder.*

Intento saber por qué su mujer mató a Marie-Thérése Bousquet. Observo que los dos han matado a la misma persona, usted en sueños, ella en la realidad: precisamente la persona que más les quería.

—Pero yo sabía que me equivocaba.

—*El error no debía formar parte de su sueño de crimen, debió corregirlo inmediatamente después.*

—¿Pero cómo?

—*Con un segundo sueño. Debió tener un segundo sueño, en el que lloró.*

—Es posible. No estaba para nada.

—*Seguramente. Por lo demás, su mujer y usted no han debido cometer el mismo crimen —a través de Marie-Thérése— ya sea en sueños o en la realidad. Sus verdaderas victimas debían de ser distintas.*

En el relato imaginario que hizo la noche de la confesión, ¿quién era?

—Ya no era nadie. Era sólo la forma del sueño.

—*¿Le habló de aquel sueño a su esposa, quiero decir, en detalle?*

—No, en absoluto.

—*¿Por qué?*

—No le conté nada semejante. Si le hablé de este sueño fue para tranquilizarla, porque me había preguntado. Por mí, no le hubiera dicho nada.

Casi no nos hablábamos ya, sobre todo al final. Incluso ya no le avisaba cuando salía. Y además era preciso disponer de muchísimo tiempo para contarle cualquier historia, por simple que fuera. Se necesitaban dos horas para que entendiera lo que se le decía.

—*¿Qué, por ejemplo?*

—Cualquier cosa. Todo. Y además…

—Era indiscreta, no entendía que había cosas que no debía decir. Si le hubiera contado mi sueño con Marie-Thérése, habría sido capaz de hablar de aquello en la mesa, delante de ella, la pobre.

—*¿No era sorda?*

—Lo entendía todo por el movimiento de los labios, todo. Usted ya lo sabe.

—*Sí, debiera saberlo.*

—Nada se le escapaba de lo que usted dijera. Todo le interesaba. Para ella, bastaba con una explicación, y tenía mucha memoria. Mientras que mi mujer lo olvidaba todo de un día para otro. Era necesario volver a explicárselo todo cada día.

Era un hombre muy solo con ella. Ahora que esto ha terminado, bien puedo decirlo.

—*¿No lo olvidaba todo de la misma manera?*

—No, seguro, simplifico… Ella tenía su propia memoria. De Cahors, por ejemplo, se acordaba como si se hubiera marchado de allí la víspera, sí, es verdad.

—*¿La engañaba mucho?*

—Todos los hombres la hubieran engañado. Me habría vuelto loco si no la hubiese engañado. Por lo demás, debía saberlo y le daba igual.

—*¿Y ella, por su parte?*

—No creo que me haya engañado nunca. No por fidelidad, sino porque para ella todo era válido. Incluso al principio, cuando se… en fin, usted entiende lo que quiero decir, yo tenía la… sensación de que si otro hubiera estado en mi lugar, habría hecho el asunto, sin diferencia para ella.

—*¿Hubiera podido, pues, pasar de un hombre a otro fácilmente?*

—Sí, pero con la misma facilidad podía permanecer con el mismo. Yo estaba allí.

—*¿Puede darme un ejemplo de lo que ella entendía menos?*

—Las cosas de la imaginación no las entendía. Una historia inventada, un serial en la radio, por ejemplo; no era posible hacerle admitir que nunca había existido. En ciertos aspectos era como una

niña.

La televisión la entendía a su manera, seguramente, pero al menos no hacía preguntas.

—*¿Leía el periódico?*

—Ella sostenía que leía, pero no estoy seguro. Leía los titulares y luego lo dejaba. Yo que la conozco le digo que no leía el periódico.

—*¿Simulaba hacerlo?*

—No, no lo simulaba. No fingía nada. Ni siquiera eso. Es diferente, creía que leía el periódico. Una vez, hace unos diez años; se puso a leer con pasión, ya sabe, esas tonterías, esos tebeos para niños, y luego, después, nada más.

Es verdad que por mi culpa dejó de leerlos. Eso me había irritado y asustado un poco. Los robaba de los pupitres de los alumnos cuando trabajaba como mujer de servicio en la escuela. Le había prohibido traerlos y entonces, como continuaba haciéndolo, se los rompí. Luego se desanimó.

Por los tebeos, es pues culpa mía si ella ya no leía. Eso debió de apenarla, pero era por su bien.

Después, hubiera podido leer tantos como hubiera querido, me habría dado igual, sólo que había perdido el gusto. ¡En fin. Qué triste es, pese a todo!, ¡pobre mujer!

—*¿Quién?*

—Claire, mi esposa.

Un día la obligué a leer un libro.

Fue hacia la misma época de los tebeos, la obligué a leerme un libro en voz alta, un poco cada noche —eran relatos de viajes, me acuerdo muy bien—. Un libro instructivo y divertido a la vez. Eso no tuvo ningún afecto. Abandoné en la mitad del libro. La mitad de aquel libro fue lo único serio que leyó en su vida, estoy convencido.

—*¿No le interesaba?*

—No, es decir, no veía el interés en aprender, no sabía aprender, no podía fijar su atención más que en una cosa cada vez. Se describía un país, olvidaba el de la víspera.

Al principio sentí mucho dolor. Después abandoné, uno no puede oponerse a alguien que no quiere cambiar.

—*¿Qué estudios ha hecho?*

—Hice la primera parte del bachillerato. Aprobé una oposición. Soy inspector en el registro. Tuve que abandonar mis estudios porque mi padre murió y me vi obligado a trabajar. Pero siempre intenté estar al día. Me gusta la lectura.

—*¿Podría decir de ella que no poseía inteligencia alguna?*

—No. No lo diría. A veces formulaba juicios adecuados. De pronto, hacía sobre alguien una observación que sorprendía. También sucedía —durante las crisis— que era muy estrambótica. A veces hacía locuras con Marie-Thérése; le hablo del principio, cuando Marie-Thérése acababa de llegar a nuestra casa. ¡Cuánto tiempo hace!

También hablaba a veces de una manera curiosa, un poco como si recitara frases escritas que hubiera leído en ciertos libros modernos, aunque seguramente nunca…

Recuerdo dos o tres cosas, sobre las flores del jardín. Decía: «La menta inglesa es delgada, negra, huele a pescado, proviene de la Isla de Sables».

—¿Qué hubiera, hecho de haber continuado sus estudios?

—Me habría gustado entrar en la industria.

—¿Ha dicho que no tenía imaginación o he entendido mal?

—Ha entendido mal. Quería decir que no tenía la imaginación de los demás. Su imaginación, ciertamente, era muy grande. Debía de ocupar en su vida un lugar más grande que todo lo demás.

—¿Usted no sabía nada de esa imaginación?

—Casi nada… Lo que creo poder decir es que las historias que inventaba hubieran podido ser verídicas. En el arranque partían de una base verosímil —no lo inventaba todo—, pero después continuaban de cualquier manera. Por ejemplo, se le ocurrió quejarse de reproches que no le había hecho nunca, sobre todo en los últimos tiempos, pero eran reproches que muy bien hubiera podido hacerle, que hubieran estado justificados, era como si leyera mi pensamiento.

También se le ocurrió referirse a conversaciones que creía haber tenido, en la calle, con los viandantes. Nadie hubiera podido creer que las inventaba, hasta el momento en que atribuía al personaje en cuestión una frase insensata.

—En su opinión, ¿no sufría por envejecer?

—No, en absoluto. Era su mejor faceta. A veces, eso reconfortaba.

—¿Cómo lo sabía?

—Lo sabía.

—¿Qué diría usted de ella?

—¿En el sentido de saber si era inteligente o no?

—Sí, si así lo quiere.

—Que nada permanecía en ella, que era imposible que aprendiera fuera lo que fuese.

Que no tenía necesidad alguna de aprender fuera lo que fuese. Cómo es que ella no podía comprender más que lo que podía explicar por sí misma, no lo sé. Estaba como cerrada a todo y como abierta a todo, se pueden decir ambas cosas, nada permanecía en ella, no guardaba nada. Hacía pensar en un lugar sin puertas en el que el viento pasa llevándoselo todo. Cuando comprendí quemo era culpa suya abandoné el proyecto de instruirla.

Aún me pregunto cómo logró aprender a leer, a escribir.

—¿Podríamos decir que carecía de curiosidad?

—Tampoco. Más bien que su curiosidad estaba aparte. Las personas la intrigaban en conjunto y no en el detalle de lo que podían hacer o decir. Creo que durante un tiempo Marie-Thérése le interesó de este modo. Sobre todo al principio. Se preguntaba cómo hacía para vivir. También se lo había preguntado sobre Alfonso.

—¿Se volvía como Alfonso? ¿Como Marie-Thérése?

—Casi. Cortaba madera durante dos días para hacer como Alfonso. O bien se ponía cera en las orejas para ser como Marie-Thérése. Había que verla. Era difícil de soportar.

—¿No veía a los demás como incompletos, vacíos, con deseos de llenarlos, terminarlos, con lo que ella inventaba?

—Veo lo que quiere decir. No, más bien sería al contrario. Debía ver a los otros como si fuera imposible conocerles por los medios habituales, la conversación, el sentimiento. Exactamente como bloques. Pero no podría decírselo con precisión.

Mire, cuando la encontré la amé por esa razón, pensé en ello, mucho, y estoy seguro. Y cuando me separé de ella, cuando me relacioné con otras mujeres, fue también por esa razón, la misma: no tenía necesidad de mí. Para conocerme, para entenderme, se podría decir que podía prescindir de mí.

—¿Estaba llena de qué?, diga la primera palabra que le pase por la cabeza.

—No sé, no puedo. ¿De ella?

—¿Pero ella, quién?

—No lo sé.

—¿Le aburre o le interesa hablar de ella?

—Me interesa.

Me interesa más de lo que había pensado.

Tal vez porque todo ha terminado.

¿Le han hecho la misma pregunta?

—No lo sé, no creo.

Nunca escribía cartas, ¿no es así?

—Alguna vez había escrito a los periódicos, lo sé. Pero desde hace diez años, quizá más, creo que ya no lo hacía. No. Ya casi no debía saber escribir.

Por lo demás, ya no tenía a nadie en Cahors a quien poder escribir, excepto aquel tío —el hermano más joven de su madre, que tenía más o menos su edad—. Pero no lo tenía en cuenta.

—¿A aquel hombre, el agente de Cahors?

—¿Cómo conoce usted su existencia?

—Ha hablado de ello al juez de instrucción.

—No, no lo creo. No, aun al principio, no lo creo.

Imaginar que podía escribir a alguien —dar noticias, solicitarlas—, es imposible conociéndola. Tan imposible como imaginarla leyendo un libro. Mientras que en los periódicos podía escribir todo lo que le pasara por la cabeza.

—¿No recibió nunca a ese agente después de su matrimonio?

—Que yo sepa, no, jamás.

Había sido muy desgraciada con él. Creo que quería olvidarle.

—¿Cuándo?

—Cuando me conoció, quería olvidarle.

—¿Se casó para olvidarle?

—No lo sé.

—¿Por qué se casó usted con ella?

—Me enamoré. Físicamente me gustaba mucho. Puedo decir que estaba loco por ella desde este punto de vista. Ello me impidió sin duda ver el resto.

—¿El resto?

—Su carácter tan extravagante, su locura.

—En su opinión, ¿consiguió hacerle olvidar al agente de Cahors?

—No lo creo, fue el tiempo, a la larga, no yo. E incluso si fui yo, no lo reemplacé.

—¿Nunca le habló de ello?

—Jamás. Pero sabía que lo pensaba, sobre todo al principio. Pero también sabía que, al mismo tiempo, quería olvidarle. Cuando Marie-Thérése llegó ni siquiera intentó saber si le había conocido o no en Cahors. Lo sé, estoy seguro de ello.

A causa de él nunca fuimos a pasar nuestras vacaciones a Cahors. No soportaba que le volviera a ver. Me habían dicho que intentaba

conseguir su dirección, desconfiaba.

—¿Intentaba, pues, no perderla?

—Sí, a pesar de todo, sí, aun después de los primeros tiempos de matrimonio.

—¿Usted no le habló nunca del agente de Cahors?

—No.

—¿Ella le pidió que no le hablara de ello?

—No. No había ninguna razón para que le hablara de ello. Para oír que me dijera que todavía le amaba, no valía la pena.

—Por su carácter, ¿evita hablar de lo que le hace sufrir?

—Sí, soy así.

—¿Sabía que había intentado matarse a causa de él? ¿Que se arrojó a un estanque?

—Lo supe dos años después de nuestra boda.

—¿Cómo?

—En aquel momento era militante de un partido político. Ese recuerdo está vinculado a la política, puesto que fue un compañero de Cahors, que lo supo por casualidad, quien me lo dijo. En el partido había muy pocas conversaciones personales. Inmediatamente hablamos de otra cosa.

—¿No le habló a ella de eso?

—No.

—¿Su actitud hacia ella no se modificó?

—Sí, en el mal sentido, necesariamente. Sabía que no se mataría si yo la abandonaba.

—¿No pensó nunca en hacerlo?

—Sí, pero nunca lo bastante en serio como para hacerlo verdaderamente.

—Antes de saberlo, ¿hubiera pensado que era una mujer capaz de suicidarse?

—No me sorprendió demasiado el saberlo. De manera que debía de creerla capaz de ello. Pero de lo que acaba de hacer, este horror, no, por supuesto.

—¿Está seguro?

—

—¿Por qué jamás la abandonó?

—Lo que tenía que reprocharle no era motivo suficiente para el divorcio. Llevaba mal la casa, pero muy pronto vino Marie-Thérése y aquello ya no fue un problema.

He vuelto a pensar en lo que fue nuestra existencia por aquellos

días. Hubo un período en el que todavía la amaba mucho como para dejarla —entonces sufría su mayor indiferencia hacia mí—. Luego, durante años —yo había empezado a ver a otras mujeres—, aquella indiferencia, en vez de hacerme sufrir, me encantaba, me atraía. Ella aún tenía momentos de coquetería. Entonces, una noche, se convirtió en una visita. Durante mucho tiempo conservó unos elegantes modales, una sonrisa de muchacha.

Después, eso terminó por completo.

—*¿Se casó usted bajo régimen de separación de bienes?*

—Sí. Por mi propia iniciativa.

—*¿Tenía miedo de lo que pudiera hacer si usted la abandonaba?*

—No, en absoluto.

Sin duda habría vuelto a Cahors. Quizá a aquella lechería. No había de qué temer.

—*¿Nunca se presentó el tema del divorcio entre ustedes?*

—No. Nunca le hablé de ello.

Quizá nunca encontré a una mujer a la que amara lo suficiente como para abandonarla a ella. Pensé lo contrario una o dos veces pero, ahora, con el tiempo, sé que aún no he amado a ninguna mujer como la amé a ella. Ella lo ignora.

—*¿Conocía la existencia de aquel otro hombre antes de casarse con ella?*

—Sí, y por ella. No me dijo que habían vivido juntos. Pero, al menos, lo supe antes de la boda, y también que había sido muy desdichada con él. Decidí olvidarlo. No se puede impedir a una mujer de treinta años el tener un pasado. Y además, quería tenerla para mí, hubiera pasado por encima de cualquier cosa.

—*¿No hubiera podido vivir con ella? ¿Evitar el matrimonio?*

—No lo sé, no pensé en ello.

Ahora hace veinticuatro años. Como en otra vida.

—*¿Lamenta haberse casado con ella cuando piensa en su existencia?*

—Oh, que lo lamente o no, ahora ya importa muy poco.

—*¿Pero lo lamenta?*

—Lamento todo cuanto hice.

—*¿Pero por ella más que por el resto?*

—No. Tuve con ella momentos de felicidad personal que no puedo lamentar.

Sólo se interesa por ella a través de todo lo que yo puedo decirle, ¿no es así?

—Sí.

—¿Sólo a causa del crimen?

—Digamos que este crimen ha hecho que me interese por ella.

—¿Porque está loca?

—Más bien porque es alguien que jamás se ha adaptado a la vida.

—¿Lo que le digo de ella le lleva a una explicación de su crimen?

—A varias explicaciones, diferentes de aquellas que se me habían ocurrido antes de escucharle. Pero no tengo derecho a conservar ni una en el libro que se está formando.

—Eso no sirve para nada, son palabras. No se puede volver atrás.

—Lo que acaba de decir: «Eso no sirve para nada, son palabras. No se puede volver atrás», forma parte de su lenguaje habitual, ¿no es así?

—Me parece que sí, he hablado como de costumbre. Como el imbécil que soy.

—¿Por qué dice eso? ¿Lo dice maquinalmente como ha dicho la otra frase?

—Sí, es verdad.

—Me imagino que ella no habla nunca de esta manera.

—No, nunca. Nunca reflexiona sobre la vida.

—¿Hay otras razones para que no se haya divorciado?

—Digamos que veo a muchos que son más desgraciados que yo.

Y además confieso que con ella he sido libre. Nunca me hizo la menor pregunta. Aquella libertad no la hubiera tenido con nadie más, nadie. Sé que no son razones muy brillantes, pero es la verdad. Ahora que todo ha terminado, bien puedo decirlo a todo el mundo, me da igual: me decía que si la había engañado a ella, a la que había amado tanto, habría engañado a las otras aun mucho más pero mucho menos libremente. Eso era lo que me decía. Era decepcionante.

Resulta también, ya se lo he dicho, que durante mucho tiempo ella aún me gustaba—usted comprende lo que quiero decir—, era más fuerte que yo.

Una vez, en aquel partido político, encontré a una joven mujer con quien me hubiera gustado vivir. Ella era libre y me atraía mucho. Era más joven que yo, pero eso le daba igual —tanto más cuanto no aparentaba mi edad en aquella época—. Mantuve con ella una relación que duró dos años.

Con frecuencia le decía a Claire que me iba de viaje, y era con ella

con quien estaba. En una ocasión fuimos a la Costa Azul. Quince días. A Niza. Habíamos convenido que después de aquel viaje debía decidir, o bien abandonar a Claire, o bien romper con aquella joven mujer. Rompí.

—¿Por qué?

—Tal vez porque aquella mujer estaba celosa de Claire y porque se servía de todas las confidencias que le había hecho sobre mi vida para convencerme luego de que la abandonara.

Quizá también porque estaba muy acostumbrado a Claire, que nunca había exigido nada de mí, nada. Le doy razones que añadir a aquellas que le he dicho sobre mi libertad y sobre mi apego a ella.

—¿Nunca estuvo tentado…, nunca hubo nada entre Marie-Thérése Bousquet y usted?

—Supongamos que alguna vez se me pasó por la cabeza, pero nada más. No soy un hombre que pueda tener historias de este género.

—¿Historias de este género…?

—Quiero decir con alguien que trabaja en mi casa y que, además, es la prima de mi mujer.

Era muy fácil con Marie-Thérése, ¿se lo han dicho?

—Me han dicho que a menudo se la veía con portugueses, en el bosque, por la noche. ¿Pero nunca tuvo una aventura continuada?

—No. ¿Cómo hubiera podido, en sus condiciones?

—¿Y con Alfonso?

—No lo creo, pero no puedo afirmar nada con total seguridad.

—Si se le preguntara qué papel ha tenido en la vida de Claire Bousquet, ¿qué respondería?

—Confieso que nunca me he hecho tal pregunta.

—Es una pregunta que no tiene demasiado sentido. Pero al menos puede responderse.

—No sé qué papel he tenido en su vida. No lo veo.

—¿Qué habría sido de Claire si usted no se hubiese casado con ella?

—¡Oh! Otro hombre se habría casado con ella. Era verdaderamente encantadora. Hubiera tenido la misma vida. Estoy seguro de eso. Hubiese desanimado a todos los hombres como me desanimó a mí. Sin duda ellos la hubieran abandonado, pero habría encontrado otros. También de eso estoy seguro.

¿Recuerda que le he dicho que ella había mentido sobre ciertas cosas de su pasado?

—Sí.

—Era justamente sobre este punto, que antes de nuestro encuentro

ella había tenido muchos amantes.

—¿Inmediatamente después de su intento de suicidio?

—Sí, durante dos años.

Yo no sabía nada, me enteré después de la boda.

—¿Ella le mintió o no le habló de ello?

—No me habló de ello como habría sido normal que lo hiciese, y luego, cuando se lo pregunté, lo negó. ¿Por qué? No sé nada.

—Entonces, ¿se le ocurrió hablarle de su pasado?

—En aquella ocasión, sí. Fue algunas semanas después de la boda. Después, nunca más.

Respondo a su pregunta: otro que no fuera yo…, en fin, bastantes en mi lugar hubieran pensado que al casarse con ella la salvaban, ése era el papel que hubieran desempeñado en su vida, el único, sin duda.

—¿Y nunca se le ocurrió pensarlo?

—En los malos momentos, sí. Lo decía a otras mujeres. Pero tenía mala fe. Sabía bien que no se salva a alguien que no desea ser salvado. ¿De qué la hubiera salvado? ¿Para darle qué? No tengo prejuicios contra las prostitutas o las mujeres que se buscan la vida.

Si nadie se hubiera casado con ella habría continuado acostándose con todo el mundo hasta la vejez y trabajando como una bestia en la lechería. ¿Y entonces?

Ahora pienso que eso no hubiera sido peor.

—¿Hubiera sido mejor?

—Oh, para ella aquella vida u otra… estaría contenta con cualquier cosa. Nada la hubiera hecho cambiar; y un día se hubiera producido este horror, viviera conmigo o con otro, habría ocurrido un crimen, estoy convencido de ello.

Incluso con el agente de Cahors estoy seguro de que ella no tenía ideas sobre la vida que hubiera querido llevar con él, quiero decir sobre una manera de vivir que hubiera elegido antes que otra.

—Las personas de Viorne, los comerciantes, sus vecinos, dicen que, aparentemente, nunca habla dramas entre ustedes.

—Es verdad, jamás, en absoluto.

¿Qué otras cosas dicen?

—Dicen que, en efecto, usted tiene relaciones con otras mujeres, e incluso con mujeres de Viorne. Que su esposa lo admitía.

Antes de la llegada de Marie-Thérése Bousquet, ¿se *ocupaba al menos un poco de su hogar*?

—Sí, pero sin ganas, ¿sabe? Limpiaba muy bien. Cocinar jamás

supo hacerlo.

—*Después de la llegada de Marie-Thérése, ¿qué hacía en la casa?*

—Cada año menos y menos cosas.

—*¿Pero qué?*

—Un día de cada dos hacía las compras.

Arreglaba su habitación. Únicamente su habitación. Lo ha hecho siempre, muy bien, a fondo, todos los días. Demasiado.

Se ocupaba de su aseo muy cumplidamente. Le llevaba al menos una hora por la mañana.

Durante años paseó mucho, bien por Viorne, bien por París. En París iba al cine. O bien iba a ver a Alfonso cortar madera. Veía la televisión. Lavaba sus cosas, no quería que Marie-Thérése lo hiciera.

¿Quién puede saber lo que hacía? Estaba en el jardín. ¿Y luego?

La veía muy poco. Los días de fiesta yo estaba en el huerto, detrás de la casa —el jardín está delante—, Marie-Thérése estaba en la cocina o paseándose por Viorne. Nos encontrábamos por la noche a la hora de la cena. Era necesario llamar a Claire una docena de veces antes de que viniera a la mesa.

Pero durante los últimos años, sobre todo los últimos meses, desde la primavera, pasaba todo su tiempo fuera, sentada en el banco sin hacer nada, nada. Sé que es difícil de creer, pero es verdad.

—*¿Marie-Thérése cocinaba muy bien?*

—En mi opinión era una excelente cocinera.

—*¿Su cocina era mejor que cualquier otra?*

—Sí, a menudo yo estaba fuera y podía comparar. Era en mi casa donde mejor comía.

—*¿Su mujer apreciaba la cocina de su prima?*

—Creo que sí. Jamás dijo nada sobre ello.

—*¿Nada?, ¿está seguro?*

—Seguro. ¿Por qué?

—*¿Marie-Thérése Bousquet nunca se tomó vacaciones?*

—En nuestra casa no era criada, no confunda, si hubiese querido irse quince días, habría podido, era libre por completo.

—*¿Pero no lo hizo nunca?*

—No, nunca. La verdadera dueña de casa era ella. Estaba en su casa. Lo decidía todo, los mentís, las reparaciones que debían hacerse. Irse, para ella, habría sido abandonar su casa, a Claire, esa puerca.

—*¿Desde hacía veintiún años Claire, su mujer, comía los guisos de Marie-Thérése Bousquet?*

—Sí. ¿Por qué?

Era una buena cocina, muy buena, e incluso variada y sana.

—¿Tampoco había nunca dramas entre las dos mujeres?

—No. Por supuesto no podría afirmarlo totalmente; las dejaba todo el día solas a ambas, y a menudo varios días seguidos, como ya le he dicho pero no lo creo.

—Intente recordar.

—Lo intento.

No, no recuerdo nada.

—¿Cómo hablaba de ella?

—Normalmente. Una vez me llamó y me la señaló de lejos con el dedo, desde la puerta de la cocina. Reía. Me dijo: «Mírala, de espaldas parece un becerro». Reímos sin maldad. Era verdad. Muy a menudo, cuando veía a Marie-Thérése, aquello acudía a mi memoria.

Algunas veces, cuando eran jóvenes, por la noche *las* encontraba a las dos jugando a las cartas. Sobre todo en invierno. No, creo que todo iba bien.

Ningún drama. Por lo demás ¿qué esperaba? Mi mujer siempre lo encontraba todo perfecto. Si hubiera habido la mínima disputa entre ellas, incluso hace mucho, puede estar seguro de que habría sido lo primero que hubiera dicho al juez.

—Este entendimiento es muy extraño entre personas que viven juntas.

—Lo sé. Más habría valido que fuese de otra manera.

—¿Realmente lo cree así?

—Sí. Pero de todas formas no se puede crear discordia con Claire, jugar a la ira; ella se da cuenta y se ríe.

—¿Qué *se hubiera podido hacer*?

—No se me ocurre nada. No pienso en ello. Es demasiado tarde.

—¿La casa estaba tranquila?

—Sí. Entre aquellas dos mujeres que se aceptaban tan bien, quizá yo estaba mecido por esa tranquilidad. En cualquier otra parte que no fuera mi casa dormía mal, encontraba que se hablaba demasiado, que eso no estaba bien. Estaba acostumbrado a ellas dos. Se diría que acabo de despertar.

Era como si no hubiera nadie en la casa. Y no obstante todo estaba hecho, la comida, la limpieza, todo.

—Hace un rato ha dicho que Marie-Thérése vigilaba a Claire y añadió: amablemente.

—Sobre todo en los últimos tiempos, sí, era necesario. Claire a veces hacía tonterías, cosas que podían ser peligrosas. Marie-Thérése

me avisaba. Cuando yo estaba allí enviaba a Claire a su dormitorio o al jardín y no se hablaba más de ello. Lo mejor era dejarla sola.

—*¿Y cuando usted no estaba allí?*

—Era Marie-Thérése quien lo hacía.

—*¿Y la tranquilidad de la casa no se alteraba por eso?*

—No. Pensábamos que se alteraría si la dejábamos hacer.

—*¿Qué, por ejemplo?*

—Se trataba de destruir, de imprudencias. Quemaba todos los periódicos a la vez en la chimenea. A menudo rompía cosas, platos, o los tiraba al cubo de la basura. O los ocultaba por los rincones, los enterraba en el jardín —su reloj y su alianza, que pretendía haber perdido, estoy seguro de que están en el jardín—. También cortaba. Una vez, recuerdo, cortó sus mantas, cada una en tres pedazos de igual longitud. Pero bastaba con no dejarla andar con cerillas, tijeras, eso es todo.

—*Pero, ¿y cuando Marie-Thérése estaba ausente?*

—Cuando yo no estaba allí, Marie-Thérése no la dejaba nunca sola en la casa. Algunas habitaciones estaban cerradas con llave: la cocina y nuestros dormitorios. Hubiera registrado por todas partes. Pero una vez tomadas esas precauciones, todo iba bien. Le he dicho la verdad: había tranquilidad y las dos armonizaban. Claire no se contrariaba por ir al jardín, iba en seguida.

—*¿Hubiera registrado sus dormitorios para encontrar qué?*

—Eso era la verdadera locura. Para encontrar lo que ella llamaba «huellas especiales», que era necesario hacer desaparecer. Era un completo misterio.

—*¿Estaba más tranquilo cuando ella se hallaba en el jardín?*

—Sí, por supuesto.

—*Por la noche, ¿no quedaba nada cerrado?*

—Me parece que a veces, sobre todo en los últimos tiempos, Marie-Thérése cerraba la cocina. No estoy seguro. Quizá la cerrase cuando pasaba la noche con los portugueses.

—*¿Los recibía a veces en su dormitorio?*

—Debió de suceder. Una vez arriba, en mi dormitorio, ya no me ocupaba de lo que pasaba abajo. Pienso que Marie-Thérése era libre de recibir a quien quisiera, cuando quisiera.

—*¿No oyó nada la noche del crimen?*

—No hubo gritos. Oí algo como el ruido de una puerta. Debí de creer que Marie-Thérése regresaba o que una de las dos rondaba por la casa. Me volví a dormir. Mi dormitorio está en el segundo piso. Apenas oía los ruidos de la planta baja.

—*¿Ha dejado su casa?*

—Sí. Vivo en el hotel. He tomado una habitación en el *Hotel des Voyageurs*, cerca de la estación.

—¿Ha vuelto a Le Balto?

—No. Voy al bar del hotel.

—¿Por qué no ha vuelto?

—Quiero romper con mi pasado, incluso con las cosas buenas, incluso con Robert Lamy.

—¿Qué hará? ¿Ha pensado en ello?

—Voy a vender la casa. Me iré a vivir a otro lugar.

—Y con los comerciantes del pueblo, con la gente, ¿también se entendía bien Claire Lannes?

—Sí. Tampoco hubo problemas por ese lado. Como ya le he dicho, un día de cada dos Claire hacía las compras. No, nada.

—¿Compraba lo que ella quería?

—No. Marie-Thérése le daba una lista.

—¿Robert y Alfonso eran sus mejores amigos?

—Digamos que eran las personas que preferíamos. Ella, sobre todo a Alfonso.

—¿No recuerda nada que pudiera anunciar este crimen, aun remotamente, durante aquellos últimos años?

—No, nada, he pensado bien. Nada.

—¿Jamás pensó —ni siquiera una sola vez, una sola—, que ella era capaz de hacer lo que acaba de hacer?

—Ya me ha hecho esta pregunta a propósito del suicidio.

—No, ha sido usted quien habló de ello, a propósito del suicidio, en efecto. Le pregunté si estaba seguro y usted no respondió.

—Le respondo: no, jamás habría imaginado que fuera capaz de hacer lo que hizo. Jamás. Si me hubiesen hecho la pregunta me habría reído.

—Trate de recordar.

—No, no quiero. Se puede encontrar todo si uno se decide, o nada, como se quiera. Entonces me callo.

—Ella era indiferente, pero no cruel, ¿no es así?

—De joven, era, por el contrario, muy dulce y creo que lo seguía siendo.

—¿No está seguro?

—Ya no le prestaba suficiente atención como para estar seguro.

—En su opinión, ¿cuáles eran los sentimientos de Marie-Thérése?

—Debía de quererla. Pero se ocupaba de ella menos que de mí. Claire no es de las que buscan que los demás se ocupen de ellas. Las atenciones, más que producirle placer la dejan atónita, ¿sabe?

Y además debo decir que Marie-Thérése sentía debilidad por los hombres, fueran quienes fuesen. En Viorne pueden decírselo.

—Ahora, ¿qué cree usted?, ¿cree que fuese cual fuese la existencia que hubiera podido llevar Claire, ésta habría acabado cometiendo un crimen?

—Digamos que creo lo siguiente: puesto que la existencia que llevaba conmigo era, por así decirlo, relativamente fácil desde el punto de vista material, sin dramas —sea o no oportuno lamentarlo—, cualquier otro tipo de vida que hubiera podido tener sin duda habría llevado al mismo resultado, no hay ninguna razón.

No, no imagino una existencia que le hubiera evitado ese crimen.

—¿Con otro hombre? ¿En otra parte?

—No. Ese crimen creo que lo hubiera cometido con cualquier hombre y en cualquier parte.

—Al hablar de ella como lo hacemos, ¿no le parece que ciertas cosas hubieran podido evitarse?

—Incluso si nuestras relaciones se hubiesen mantenido como las de los primeros años, creo que yo no habría comprendido nada más. Hablo por mí; otro, más atento, más sensible, hubiera comprendido tal vez que iba hacia la catástrofe. Pero creo que no hubiese podido evitar que se produjera.

Siempre me ha sido imposible adivinar lo que ella pensaba, lo que iba a decir o hacer.

Tal vez un minuto antes de matarla no pensaba que iba a matarla. ¿No cree?

—No lo sé.

¿No le pidió información sobre la verificación ferroviaria?

—No, mire, contrariamente a lo que se pueda pensar sobre ello, esta solución ha debido encontrarla en el último momento. Esperando por la noche en Viorne con su bolso debió de ir hacia el viaducto, un tren pasaba en aquel momento, y —¡zas!— encontró cómo usarlo. La veo como si estuviera allí. El policía creo que tenía razón sobre este punto.

—De la cabeza, ¿no tiene alguna idea?

—Ninguna. He buscado por si acaso en el jardín, junto a la menta inglesa, nada.

—¿Qué diría sobre los motivos?

—Diría que fue la locura. Diría que siempre ha estado loca. Que nadie podía darse cuenta de ello porque su locura se manifestaba cuando estaba sola —sobre todo en el dormitorio o en el jardín—. Allí debían de pasar por su cabeza cosas terribles. Conozco *las teorías modernas, grosso* modo, y lo que me hubiera gustado es que usted interrogara a aquel hombre, al agente de Cahors, pero murió el año pasado.

—¿Ella lo sabía?

—No lo creo. No se lo dije. Y Marie-Thérése ignoraba su existencia. No veo cómo hubiera podido enterarse.

—En efecto, creo que le habló de él al juez como de alguien vivo.

¿Cree usted que aquel hombre de Cahors la conocía mejor que los demás?

—Quizá. Se conocían desde la infancia. Y cómo era ella a los veinte años, sólo él podría decirlo.

¿Pero quién sabe? No creo que de joven fuese por completo diferente de lo que es hoy. A mi entender, eso no ha debido cambiar mucho, quedaría algo, no es posible.

Reflexionando bien no veo que haya cambiado mucho desde que la conozco. Como si la locura la hubiera conservado joven.

—¿Pero usted la hubiera imaginado viviendo alguna vez un amor tan fuerte que la llevara al suicidio, si usted no lo hubiese sabido?

—No, es verdad.

Sin embargo, no creo que él cambiase.

—Pero el amor que vivió, ¿cómo podía vivirlo en el estado en que se hallaba cuando usted la conoció, si no hubiera cambiado?

¿Cómo imaginar que ha sido capaz de vivirlo si no era diferente de lo que es hoy?

—Sola, por su lado, como todo lo demás, como lo que ha sentido por mí. No crea que no me amaba en absoluto, se equivoca.

¿Cree usted que todo comenzó con aquel hombre?

—No, no lo creo. Soy de su opinión.

¿Cree que se aburría?

—No. No se aburría. ¿Usted qué piensa?

—Como usted, creo que no se aburría. Esa no es la cuestión.

—Lo que usted dice es exacto: no es la cuestión.

—¿Sabe?, parece que habla mucho cuando se la interroga.

—¡Vaya! Pero es posible.

—¿Hablaba muy poco todo el tiempo o también ocurría que a veces no podía parar de hablar?

—Eso le ocurría a veces. Como a todo el mundo. Ni más ni menos, frecuentemente. Pero debo decir que lo que contaba entonces no lo escuchábamos.

—¿De qué se trataba?

—Oh, de lo que fuera. Conversaciones inventadas —le he hablado de ello—. Jamás tenían relación con lo que nos interesaba.

—¿Nos?

—Quiero decir Marie-Thérése, yo, los habituales del establecimiento.

—¿Y Alfonso?

—A Alfonso le interesaba un poco lo que ella decía. Le contaba lo que había visto en la televisión. Les dejábamos en su rincón.

Sin duda usted lo sabe, íbamos a *Le Balto* casi todas las noches —hasta el día del crimen—. Durante los cinco días siguientes no fui, estaba demasiado desanimado. Ella tampoco quiso volver allí.

Y luego, de pronto, al cabo de cinco días, al atardecer, hacia las siete, ella me vino a buscar a casa y me dijo que quería ir a casa de Robert.

—¿Fue el día en que los periódicos anunciaron que el crimen se había cometido en Viorne?

—Al día siguiente. Creí que volvía un poco a la vida. En el momento de salir me dijo que me adelantara, que tenía algo que hacer, y que ya me alcanzaría. Quería preparar aquella maleta, ¿sabe?

—Sí.

—Debo decirle que cuando ella tiró el transistor al pozo fui a buscar al doctor y le pedí que viniera a verla. A ella no le hablé de eso. Tenía que pasar aquella semana. Por entonces había resuelto que era necesario tomar una decisión.

—¿Casi no le habló durante aquellos cinco días, entre la fecha del crimen y la de su confesión, el 13 por la noche?

—Por así decirlo, no. Ni siquiera me veía cruzar el jardín cuando regresaba.

Me había vuelto tan extraño para ella como si nunca la hubiera conocido.

—¿También arrojó al pozo sus gafas?

—Sí. También las suyas, y sin duda la llave de la bodega. Nunca la volvimos a encontrar.

—¿Ella se lo dijo?

—No, yo la vi, desde el comedor, arrojar las gafas. No la llave.

—¿En su opinión, por qué arrojó las gafas?

—He pensado que era para impedirme leer el periódico y, por tanto, evitar que me enterara de que en Viorne se había cometido un crimen. Ahora creo que tenía otra razón.

—¿Para que la catástrofe fuese también completa?

—Para que quedase… encerrada, ésta es la palabra que se me ocurre.

—Ella ha dicho al juez que había pedido ayuda a Alfonso para arrojar el aparato de televisión al pozo.

—¿Sabe usted que es falso?

—Sí.

—Había arrastrado el aparato hasta el pasillo, contra la puerta del dormitorio de Marie-Thérése, y lo había cubierto con un trapo, una vieja falda suya.

—Lo sé. ¿Pero por qué, en su opinión, cuenta esto sobre Alfonso?

—Quizá tuvo la idea de pedírselo y cree que lo hizo realmente. O bien se lo pidió y él, naturalmente, se negó. De otro modo, no lo entiendo.

¿Qué dijo Alfonso al respecto?

—Dijo que ella lo había inventado todo, que nunca le había pedido nada semejante. Lo cual no quiere decir que fuera sólo a Alfonso a quien podía pensar pedírselo, ¿no es así?

—Sí, seguramente.

Me pregunto de dónde sacó fuerzas para arrastrar el televisor hasta el pasillo. Yo había ido a comprar pan. Regresé y el televisor estaba en otro lugar.

—¿Le habló de ello?

—No, lo volví a colocar donde estaba. Aquel día no lo advirtió. Y al día siguiente fue arrestada.

—Cuando Alfonso dice que ella lo ha inventado todo, ¿es posible que mienta?

—Sí.

—¿Robert también hubiera podido mentir, de la misma manera?

—No, sólo Alfonso. Alfonso siente por Chaire una especie de afecto. Cuando la veía, su sonrisa no engañaba.

—¿Amor o afecto?

—Oh, no sé.

—¿Si alguien era susceptible de adivinar lo que ella había hecho, ése era él?

—Nadie hubiera podido adivinarlo. Pero si hubiera habido alguien en Viorne capaz de comprender que ella iba hacia la catástrofe, habría sido Alfonso, sí. Si Alfonso hubiera sido inteligente lo habría comprendido. Sin duda estaba más cerca de ella que cualquier otro, que yo, sí, es verdad. Ella aún le interesaba.

¿Sabe ella que él ha abandonado Francia?

—No creo.

¿Qué otra idea tiene sobre el crimen?

—Es muy difícil explicarle lo que creo.

Creo que si Claire no hubiera matado a Marie-Thérése, habría terminado matando a cualquier otro.

—¿A usted?

—Sí. Puesto que iba hacia el crimen en la oscuridad, poco importa quien se hallara al otro lado del túnel, Marie-Thérése o yo…

—¿Cuál era la diferencia entre ustedes?

—Yo la hubiera visto venir.

—En la lógica de su locura, ¿a quién hubiera debido matar?

—A mí.

—Usted acaba de decir Marie-Thérése o yo.

—¡Vaya! Pues justo ahora acabo de descubrir lo contrario.

—¿Por qué usted?

—Es inexplicable, lo sé.

—¿No tiene papeles escritos por ella, cosas que hubiera escrito incluso hace mucho tiempo?

—No, no tengo nada.

—No tenemos el menor papel escrito por ella. ¿Nunca encontró nada?

—Hace dos o tres años encontré borradores de las cartas que escribía a los periódicos de Versalles. Eran apenas legibles, plagados de faltas de ortografía. Los arrojé al fuego.

—¿De qué trataban?

—Apenas pude leerlos. Sólo recuerdo uno. Pedía consejos para el jardín, sí, para la menta inglesa; preguntaba cómo guardarla en la casa durante el invierno. Escribía menta como amante, un amante, una amante. E «inglesa» «en glesa», como «en tierra», «en arena».

¿Pero escribió en el cuerpo?

—Sí. Siempre las dos mismas palabras. También en la pared: la palabra «Alfonso» en una pared. Y en la otra la palabra «Cahors». Eso es todo. Sin faltas.

—No regresé a la bodega. Nunca volveré allí. Alfonso. Cahors.

—*Sí.*

—Aun allí tenía, pues, el recuerdo del agente de Cahors.

—*Sí.*

—¿Qué harán con eso?

—*No sé nada. ¿Eso le preocupa?*

—No, en realidad, no. Ahora no.

—*Me pregunto si ella habría confesado en caso de que usted no hubiera hablado como lo hizo en el café de Robert Lamy.*

Creo que eso nunca se sabrá.

Pareciera que en realidad tuviera la intención de partir hacia Cahors. En su maleta se encontró un neceser, un camisón, todo lo indispensable para un viaje. Es posible que en realidad tuviera la intención de irse y que su relato la hubiera obligado a quedarse. Que se quedara para reparar el error que usted cometía al decir que la víctima —en su opinión— había sido asesinada en el bosque.

—Sobre eso no puedo decirle nada.

—*Usted ha dicho: no sé lo que me sucedió.*

—Es verdad.

—*Hacía ya diez días que los periódicos hablaban del crimen. Estaba informado desde hacía tres días de que probablemente se había cometido en Viorne. La víctima era una mujer de la edad y la corpulencia de Marie-Thérése Bousquet. Y, precisamente, Claire pretendía que había regresado a Cahors cuando jamás había ido allí desde hacía años… ¿Y ninguna sospecha pasó por su cabeza, ninguna?*

—Ninguna. Nada, ni la menor intuición de un crimen en mi casa.

¿Sabe?, creo que, indirectamente, la situación en la que estaba es lo que me ha hecho tener esa idiota conversación sobre Alfonso y sobre el crimen en general. Aquella situación en que me hallaba desde la partida de Marie-Thérése. Es el único vínculo que veo entre aquella conversación y el crimen. Ese crimen, aquella noche, para mí, era como la ocasión para encontrar un responsable de todo lo que pasaba en Viorne, también de mis dificultades.

—*¿A quién se dirigía cuando hablaba en* Le Balto?

—A todos, a nadie.

—*¿Por qué escogió a Alfonso?*

—Porque era sin duda el más expuesto a las sospechas de la policía y además, con su aire de sabérselas todas, me irritaba.

—*¿Su aire con Claire también?*

—No, eso me daba igual.

—El policía ha dicho que tenía el estilo de los periodistas de sucesos.

—Es posible. Leo mucho los periódicos.

—¿La actitud de ella aquella noche no le pareció extraña?

—No, cuando hay extraños en casa de Robert, siempre se calla. Ella hizo su confesión por sí misma, sin que nadie la empujara a ello. Cuando el policía resumió lo que yo había inventado —a saber, que el crimen había tenido lugar en el bosque—, ella dijo, al principio, que no había sido en el bosque, sin terminar la frase, dos o tres veces, y luego lo confesó todo.

—¿Cuál era su frase?

—Era: «No fue en el bosque donde maté a Marie-Thérése Bousquet, fue en la bodega, a las cuatro de la madrugada».

Recordaré esta frase hasta mi muerte.

¿Cree usted que el error sobre el lugar es lo que la hizo confesar?

—Sí, lo creo. Creo que si usted no lo hubiera cometido, se habría ido a Cahors.

—¿Y si todo el relato del policía hubiese sido falso de cabo a rabo?

—Creo que hubiera partido igualmente para Cahors. No hubiera tenido razones para intervenir. Pero sus hipótesis, verosímiles al comienzo, se desviaron de pronto y ella no pudo abstenerse de restablecer la verdad.

—¿En suma, todo ha ocurrido como si yo, a causa de esa palabra, bosque, la hubiese entregado a la policía?

—Ella lo hubiera descubierto de todos modos, creo.

—Le he dicho hace un rato que creía que Marie-Thérése se había ido porque estaba harta de nosotros, ¿lo recuerda?

—Sí.

—No es exactamente la verdad. Es ésta: creía que Marie-Thérése estaba harta de ella, de Claire, pero no de mí. Que estaba harta —así lo creía— de ocuparse de alguien que no apreciaba lo que hacía. No era mi caso.

—¿Cómo se encuentra en el hotel?

—Bastante bien.

Usted piensa que yo deseé este drama para liberarme de Claire, ¿no es así?

—Sí.

—¿Pero quién me cuidaría, quién seguiría cocinando tras la muerte de Marie-Thérése?

—Otra persona. Usted lo ha dicho.

¿Qué sucederá? ¿Comprará una nueva casa y tomará una criada?

—Sí.

Querría que fuera hasta lo más hondo de sus pensamientos. Estoy dispuesto a creerlo todo, de mí y de los demás.

—Creo que usted no sólo deseaba desembarazarse de Claire, sino también de Marie-Thérése —debía de desear que las dos mujeres desaparecieran de su vida—, con el | propósito de volver a estar solo. Debía de soñar con el fin de un mundo. Es decir, con el comienzo de otro, que le sería dado.

III

—Claire *Lannes, ¿desde cuándo vive en Viorne?*

—Desde que dejé Cahors —aparte de dos años que pasé en París.

—Después de su boda con Pierre Lannes.

—Sí, eso es.

—¿No tiene hijos?

—No.

—¿No trabaja?

—No.

—¿Cuál fue su último trabajo?

—Mujer de servicio en la escuela comunal. Arreglaba las aulas.

—Ha reconocido ser la autora del asesinato de Marie-Thérése Bousquet, su prima.

—Sí.

—¿Reconoce también no haber tenido ningún cómplice?

—

¿Haber actuado sola?

—Sí.

—¿Insiste en afirmar que su mando ignoraba lo que usted había hecho?

—Todo. Yo trasladaba los trozos de la víctima por la noche, cuando él dormía. Jamás se despertó. No entiendo lo que quiere usted.

—Hablar con usted.

—¿Del crimen?

—Sí.

—Ah, bueno.

—Comenzaremos por esos trayectos nocturnos, entre su casa y el viaducto. ¿Le parece bien?

—Sí.

—¿Encontró a alguien en esos trayectos?

—Se lo dije al juez. Una vez encontré a Alfonso. Es un hombre que corta madera en Viorne.

—Lo sé.

—Estaba en el camino, sentado en una piedra, fumando. Nos saludamos.

—*¿Qué hora era?*

—Creo que entre las dos y las dos y media de la madrugada.

—*¿No pareció sorprenderse? ¿No le preguntó lo que usted hacía allí?*

—No, él mismo se encontraba en el camino.

—*¿Haciendo qué, según usted?*

—No lo sé, esperando el día quizá, ¿quién sabe? No tengo ni idea.

—*¿No encuentra extraordinario que no le hiciera preguntas?*

—No.

—*¿Le dio miedo cuando lo vio?*

—No, lo que yo estaba haciendo me daba tanto miedo que no temía nada más. Tenía miedo de volverme loca en la bodega.

Quién es usted, ¿otro juez?

—*No.*

—¿Estoy obligada a responderle?

—*¿Por qué?, ¿le molesta responder?*

—No, quiero responder a las preguntas sobre el crimen y sobre mí.

—*Usted le dijo al juez lo siguiente: «Un día, Marie-Thérése estaba cocinando…», y no terminó la frase; le pido que la termine conmigo.*

—Eso no tiene relación con el crimen. Pero voy a terminarla.

…Estaba cocinando carne con salsa, probaba la salsa, era de noche, entré en la cocina, la vi de espaldas y observé que tenía una mancha en el cuello, aquí, ¿ve usted?

¿Qué van a hacerme?

—*Aún no se sabe.*

¿Es todo lo que quiere decir sobre aquel día?

—Oh, hay mucho que decir. Una vez muerta, la mancha seguía estando allí, en el cuello. Recordé haberla visto antes.

—*¿Por qué le habló de ello al juez?*

—Porque me pedía datos. Intenté recordar cuándo y cuándo. Entre los dos momentos en que vi aquella mancha debieron de pasar quizá algunas noches.

—*¿Por qué no terminó la frase ante el juez?*

—Porque no tenía ninguna relación con el crimen. Me di cuenta en la mitad de la frase, me corregí.

—*¿Cuándo fue, aproximadamente?*

—Si lo supiera, no habría hablado de aquella mancha.

Todavía hacía frío.

Lo que he hecho, es imposible, lo sé.

—¿Antes jamás vio aquella mancha?

—No. La vi porque acababa de cambiar de peinado y su cuello quedaba al descubierto.

—¿Aquel peinado también le cambiaba el rostro?

—No, su rostro no.

—¿Quién era Marie-Thérése Bousquet?

—Era una prima mía. Sordomuda de nacimiento. Había sido necesario encontrarle algo que hacer. Le gustaba el trabajo de la casa. Era muy fuerte. Siempre estaba contenta.

Me han dicho que por el momento, como soy una mujer, sólo me van a meter en la cárcel por el resto de mis días. Entonces, todos los días que me quedan, todos, ¿los voy a pasar en ese único lugar?

—¿Encuentra usted justo o injusto que la encierren?

—Como usted quiera. Más bien justo. Pero también injusto.

—¿Por qué un poco injusto?

—Porque digo todo lo que quieren que diga y eso no cambia nada. Comprendí que si callaba, el resultado sería el mismo, también me vigilarían.

—¿No encuentra que esto es injusto para su marido? Por su parte, quiero decir.

—No. Es mejor que la muerte. Y además…

—¿Qué?

—No amaba tanto a ese hombre, Pierre Lannes.

—¿Por qué hizo venir a Marie-Thérése Bousquet?

—Para ayudar. Y eso no costaba nada.

—¿No era para cocinar?

—Cuando la hizo venir, no, no sabía que cocinase bien. Fue porque aquello no costaba nada. Sólo después creo que comenzó a darle dinero.

—Siempre dice que usted lo ha dicho todo a la justicia, pero eso no es totalmente cierto.

—¿Usted me pregunta para saber lo que no he dicho?

—No. ¿Me cree?

—Eso quisiera. Lo he dicho todo salvo lo de la cabeza. Cuando haya dicho dónde está la cabeza, lo habré dicho todo.

—¿Cuándo lo dirá?

—No lo sé. Con la cabeza he hecho lo que había que hacer. He sufrido. Más aún que con el resto.

No sé si diré dónde está la cabeza.

—*¿Por qué no?*

—¿Por qué?

—*La norma exige que las confesiones sean completas. Hasta que la cabeza no aparezca no estaremos por completo seguros de que es ella a quien ha matado.*

—Con lo que han encontrado debe bastar para saberlo. Sólo con que encontraran sus manos sería suficiente, se reconocen. Pregúntele a mi marido. Y además he confesado.

—*Sin decir dónde la ocultó, ¿puede decir cuándo la ocultó?*

—Me ocupé de la cabeza al final, una noche. Cuando todo había terminado. Hice lo que se acostumbra a hacer. Busqué qué hacer con la cabeza durante mucho tiempo. No se me ocurría nada. Entonces, fui hasta París. Me bajé en la puerta de Orléans y anduve hasta que se me ocurrió. Entonces me tranquilicé.

Me pregunto por qué quiere usted la cabeza, como si el resto no fuese suficiente.

—*Ya lo he dicho, las confesiones deben ser completas.*

—No lo comprendo.

¿Qué ha dicho mi marido de mí?

—*Más bien cosas buenas. Ha declarado que usted había cambiado desde hacía algún tiempo. Que habla muy poco. Un día usted le dijo que Marie-Thérése Bousquet se parecía a un animal.*

—Es falso. Yo dije «a un becerro». De espaldas, era la verdad. Si cree que es por lo que he dicho que la maté, se equivoca. Lo hubiera sabido.

—*¿Cómo?*

—En el momento en que el juez me habló.

—*¿Ha soñado que era usted otra persona?*

—No.

He soñado con lo que hice. Pero antes, mucho tiempo antes. Se lo dije a mi marido. Me dijo que también le había sucedido a él. Lo pregunté a Alfonso y a Robert, por la noche, en el café. Me dijeron que también ellos habían sonado crímenes, que todo el mundo soñaba crímenes.

Yo no era la primera vez que soñaba que la mataba.

—*¿Le dijo al juez que estaba como en un sueño cuando mató a Marie-Thérése Bousquet?*

—No, nunca lo he dicho. Me lo preguntaron y dije que había sido peor que un sueño.

—*¿Por qué peor que un sueño?*

—Porque no estaba soñando.

¿Qué es lo que quiere saber?

—Intento saber por qué mató a Marie-Thérése Bousquet.

—¿Para qué?

—Para intentar evitarle el confinamiento de por vida.

—¿Es su trabajo?

—No.

—¿No hace esto todos los días y con todo el mundo?

—No.

—Entonces, escúcheme. Hubo dos cosas: la primera es que soñé que la mataba. La segunda, que cuando la maté no estaba soñando.

¿Es eso lo que quería saber?

—No.

—Si supiera cómo contestar lo haría. No consigo poner en orden mis ideas para hacerles comprender a usted y al juez lo que sucedió.

—¿A pesar de ello tal vez lo consigamos?

—Tai vez.

Si lo consigo, si todo se aclarara, ¿qué me harían?

—Eso depende de sus motivos.

—Sé que cuanto más claro hablan los criminales, más se les mata.

Bueno, ¿qué me responde usted a esto?

—Que a pesar de ese riesgo usted tiene ganas de que todo se aclare.

—Eso es bastante cierto.

Debo decirle que he soñado que mataba a todas las personas con las que he vivido, incluido el agente de Cahors, mi primer hombre, la persona que más he amado en mi vida. Y varias veces a cada uno. Por tanto, un día u otro debía hacerlo, realmente. Ahora que está hecho sé que alguna vez debía hacerlo realmente.

—Su marido dice que usted no tenía ningún motivo para guardar rencor a Marie-Thérése Bousquet, que hacía muy bien su trabajo, que su cocina era muy buena; que era limpia, honesta, generosa, y les cuidaba muy bien a los dos. Que nunca, por lo que él sabe, hubo dramas entre ustedes dos, nunca en diecisiete años.

—Era sordomuda, nadie podía pelearse con ella.

—Pero si no lo hubiera sido, ¿habría tenido reproches que hacerle?

—No puedo saberlo.

—¿Pero usted tiene de ella la misma opinión que su marido?

—La casa le pertenecía. Hacía todo lo que quería. A mí no se me hubiera ocurrido pensar que lo que hacía fuese bueno o malo.

—*¿Y ahora que ella ya no está allí?*

—Veo la diferencia. Hay polvo por todas partes.

—*¿Prefiere que haya polvo?*

—Es mejor cuando está limpio, ¿no?

—*Pero usted, ¿qué prefiere?*

—La limpieza tenía demasiado lugar en la casa, ocupaba demasiado lugar.

—*¿La limpieza ocupaba el lugar de alguna otra cosa?*

—Quizá.

—*¿De qué? Diga la primera palabra que se le ocurra.*

—¿Del tiempo?

—*La limpieza ocupaba el lugar del tiempo, ¿es eso lo que quiere decir?*

—Sí.

—*¿Y la deliciosa cocina?*

—Más aún que la limpieza.

Ahora todo está abandonado. El horno está frío. Hay grasa fría que se extiende por las mesas, y por encima de la grasa hay polvo. Ya no se ve a través de los cristales. Cuando entra un rayo de sol se ve todo, polvo y grasa. Ya no hay nada limpio, ni un vaso. Toda la vajilla ha sido sacada del bufete.

—*Usted dice «ahora» pero usted no está allí.*

—Al menos sé en qué se ha convertido la casa.

—*¿En un graneros*[1]

—No comprendo.

—*Quiero decir: ¿Tan sucia como un granero?*

—No, ¿por qué un granero?

—*Si aquello hubiera continuado, ¿qué habría ocurrido?*

—Pero si continúa, no hay nadie que se ocupe de ello. Comenzó cuando yo estaba allí. Siete días sin lavar los platos.

—*Si aquello continúa, ¿en qué se va a convertir?*

—Si continúa, ya no se verá nada. Habrá hierba entre los mampuestos; y luego ya no habrá sitio donde meterse. Si continúa, no será una casa, será una pocilga, ése es mi parecer.

—*¿O un granero?*

—No, y no. Una pocilga. Ya empezaba a serlo cuando fui detenida.

—*¿No hizo nada para evitar el desastre?*

—No hice nada, ni a favor ni en contra. Dejé hacer. Veremos hasta dónde puede llegar.

—*¿Estaba de vacaciones?*

—¿Cuándo?

—*¿Desde que la casa estaba sucia?*

—Digamos que nunca me he tomado vacaciones. No tenía sentido, en absoluto. Disponía de todo mi tiempo, la paga de mi marido era suficiente y por mi lado tengo la renta de una casa de Cahors. ¿Mi marido no se lo ha dicho?

—*Sí.*

—*¿Cómo encuentra la comida de la cárcel?*

—¿Debo decir que me gusta?

—*Sí.*

—Me gusta.

—*¿Es buena?*

—Me gusta.

¿Respondo como usted quiere?

—*Sí.*

—¿Sabe?, dígales que si creen que es necesario meterme en prisión para el resto de mis días, que lo hagan, vamos, vamos, que lo hagan.

—*¿No lamenta nada de su vida pasada?*

—Si esto continúa como hasta ahora estoy bien aquí. Ahora ya lo sabe, toda mi familia se ha ido, no estaré mal aquí.

—*¿Pero lamenta algo de su vida pasada?*

—¿De cuál?

—*Por ejemplo, la de los últimos años.*

—Alfonso.

Alfonso y todo lo demás.

—*¿Ella era el último miembro de su familia?*

—No del todo. Queda su padre, Alfred Bousquet, el octavo hermano de mi madre, Adeline Bousquet. Todos los Bousquet han muerto excepto Alfred, su padre. No tenían más que una hija, Marie-Thérése, desafortunada, sordomuda, su mujer murió de pena.

A mi marido no lo cuento.

Ella era realmente de mi familia. Cuando la volvía a ver siempre retornaba la misma imagen: ella juega en la acera de la avenida con un gato. Decían que era muy alegre para ser sordomuda, más alegre que una persona normal.

—*¿La veía diferente de usted pese a su desgracia?*

—Pues no, fíjese, muerta, no.

—*¿Y viva?*

—Viva, la diferencia estaba en que era muy gorda, dormía muy bien todas las noches y comía mucho.

—*¿Esta diferencia era más importante que la derivada de su desgracia?*

—Sí. Quizá. Cuando comía, cuando andaba, a veces no podía soportarla. No se lo he dicho al juez.

—¿Puede intentar decir por qué? ¿Por qué no se lo ha dicho al juez?

—Porque se hubiera equivocado, hubiera creído que la detestaba cuando no era así. Como no estaba segura dé saber explicárselo, preferí callarme. Puede creer que miento porque con anterioridad le he dicho que lo había contado todo y ahora le digo lo que no he dicho. Pero usted se equivocaría, pues lo que acabo de decirle aquí tiene cierta relación con mi carácter, nada más. Digo que tengo un carácter que no soporta que las personas coman y duerman bien. Eso es todo. Si hubiera sido otro quien durmiera o comiera como ella no lo habría soportado mejor. Por lo tanto, no es porque no la soportara a ella. Es porque no lo soportaba de nadie. A veces me marchaba de la mesa, iba al jardín a mirar otra cosa. A veces vomitaba. Sobre todo cuando había carne con salsa. La carne con salsa, para mí, es algo terrible, terrible. No comprendo por qué. Sin embargo, en Cahors la comíamos a menudo, cuando era pequeña, mi madre la hacía porque costaba menos que la carne sola.

—¿Por qué la hacía si a usted no le gustaba?

—La hacía por hacerla, para que comiéramos, sin pensar en ello, la hacía para mi marido, que le encanta; ahora se ha terminado, ya no la tendrá nunca más, ella la hacía para él, para ella, para mí, para nada.

—¿Ella no sabía que a usted no le gustaba la carne con salsa?

—Jamás se lo dije.

—¿Y ellos no podían adivinarlo?

—No. En la mesa yo la comía como ellos. Si no se la veía comer a ellos, yo conseguía comerla.

—¿Por qué no les dijo nunca que detestaba la carne con salsa?

—No lo sé.

—Piénselo.

—Puesto que no pensaba «no me gusta la carne con salsa», no podía decirlo.

—¿Soy yo quien le indica ahora que usted podía habérselo dicho?

—Quizá. Sin embargo, he tragado toneladas de ella. No lo comprendo muy bien.

—¿Por qué la comía en vez de dejarla?

—Porque en un sentido eso me complacía. Sí. No me disgustaba comer aquella sucia salsa de grasa. Luego tenía todo el día para pensar en ello en el jardín.

¿Le he dicho que me gustaba mucho el jardín? Allí estaba tranquila. Cuando me hallaba en la casa no estaba segura de que de pronto ella no viniera a abrazarme, también debo decírselo. Era muy gorda y las habitaciones pequeñas. Encontraba que era demasiado gorda para la casa.

—*¿Se lo decía?*

—No, no se lo decía.

—*¿Por qué?*

—Porque aquello era sólo asunto mío, cuando yo veía que era demasiado gorda en la casa. Si no, no. Pero no era sólo ella. Mi marido es una estaca, y yo lo encontraba demasiado grande, demasiado alto para la casa, y a veces iba al jardín para no verlo pasearse bajo los techos.

En el jardín no venía a reunirse conmigo.

Hay un banco de cemento y plantas de amante inglesa, es mi planta preferida. Es una planta que se come, que crece en las islas donde hay corderos. He pensado esto: la amante inglesa es lo contrario de la carne con salsa. Debo decirle que a veces me he sentido muy inteligente en aquel banco de cemento. A fuerza de permanecer inmóvil, tranquila, la inteligencia acudía, yo tenía pensamientos inteligentes.

—*¿Cómo lo sabía?*

—Lo sabía.

Ahora todo ha terminado. Ahora soy la persona que usted tiene delante, nada más.

—*¿Quién era en el jardín?*

—La que permanece después de mi muerte.

—*Usted ha dicho que, a pesar de todo, comía la carne con salsa.*

—Acabo de decírselo.

—*¿Hacía muchas cosas que le disgustaban y gustaban a la vez?*

—Algunas.

—*¿Y aquello, cómo le gustaba?*

—También acabo de decírselo. Me complacía en el sentido de que pensaba en ello después, en el jardín.

—*¿Cada día de la misma manera?*

—No, nunca.

—*¿Pensaba en otra casa?*

—No, pensaba en la casa que estaba allí.

—*¿Pero sin ellos dentro?*

—Sin ellos, no: estaban ahí, a mis espaldas, en la casa; sin ellos, no, no podía.

Buscaba explicaciones, explicaciones en las cuales no hubieran pensado nunca, ellos, a mis espaldas.

—¿Explicaciones a qué?

—Oh, a muchas cosas.

No sé en qué he pasado mi vida hasta ahora. Amé al agente de Cahors. Eso es todo.

¿Quién tiene interés en que yo vaya a prisión?

—Nadie, y todo el mundo.

—Tengo aspecto de inquietarme pero me da igual ¿Mi marido le ha hablado del agente de Cahors?

—Muy poco.

—No sabe cuánto le amé. Yo, aquí donde me ve, tuve veinticinco años y fui amada por aquel hombre magnífico. En aquel momento creía en Dios y comulgaba todos los días. Estaba colocada en una lechería. El vivía maritalmente con una mujer, y en un principio no quería nada de él a causa de ello. Entonces dejó a esa mujer. Nos amamos con locura durante dos años. Digo con locura. Fue él quien me separó de Dios. No miraba más que por él después de Dios. Sólo le escuchaba a él, lo era todo para mí, y un día ya no tuve a *Dios* sino sólo a él, sólo a él. Y luego, un día, mintió.

Se había retrasado. Yo lo esperaba. Cuando llegó tenía los *ojos* brillantes, hablaba, hablaba. Yo le miraba, le escuchaba decir que venía del trabajo, y lo que había hecho, sus mentiras; le miraba, hablaba cada vez más deprisa y luego, de pronto, paró de hablar; nos miramos, nos miramos. El cielo se derrumbó.

Regresé a la lechería. Y, tres años después, encontré a Pierre Lannes y me llevó a París. No he tenido hijos.

Me pregunto en qué he pasado mi vida después.

—¿No volvió a ver jamás al agente de Cahors?

—Sí, una vez, en París. Vino de Cahors para verme. Llegó a mi casa en ausencia de mi marido. Me llevó a un hotel cerca de la estación de Lyon.

Lloramos juntos en la habitación. Quería recuperarme, pero era demasiado tarde.

—¿Por qué demasiado tarde?

—Para amarnos como nos habíamos amado. Sólo sabíamos llorar.

Por fin —tuve que hacerlo— me arranqué de sus brazos, me arranqué de él, aparté sus brazos de mi piel, él no podía dejarme. Me vestí en la oscuridad y me fui. Me fui, regresé justo antes de que volviera mi marido.

Me parece que después pensé menos en él. Fue en aquella habitación de la estación de Lyon donde nos separamos para siempre.

—¿Marie-Thérese Bousquet estaba ya con ustedes cuando esto sucedió?

—No. Vino al año siguiente. Mi marido fue a Cahors a buscarla. La trajo el 17 de marzo de 1945, tenía diecinueve años. Era un domingo por la mañana. Les vi llegar por la avenida de la République, estaba en el jardín. De lejos, se parecía a todo el mundo. De cerca, no hablaba. Pero comprendía mirando la boca. Jamás se la podía llamar, era preciso acercarse a ella, tocarle el hombro.

La casa estaba muy silenciosa, sobre todo en invierno, después de la salida de los colegios. A las siete de la tarde se empezaban a sentir los olores de cocina, era así. Siempre ponía demasiada grasa en los guisos y los olores lo inundaban todo, era imposible no sentirlos.

En invierno no podía ir al jardín.

¿Ha preguntado a la gente de Viorne sobre el crimen?

—Sí. También a Robert Lamy.

—Por fortuna existía.

¿Qué le ha dicho la gente?

—Dicen que no comprenden.

—Olvidé mirar Viorne por última vez desde el coche de la policía. No se piensa en esas cosas. Lo que vuelvo a ver es la plaza por la noche, Alfonso se mueve lentamente, fuma, me sonríe.

—Algunos dicen que usted lo tenía todo para ser feliz.

—Tenía todo mi tiempo, la paga de mi marido era más que suficiente y por parte mi lado tenía la renta de una casa de Cahors, ¿se lo han dicho?

—Sí. Otros dicen que se lo esperaban.

—¡Vaya!

—Es desgraciada en este momento?

—No. Soy casi feliz, me hallo al borde de la felicidad. Si tuviera el jardín caería en una total felicidad, pero no me lo devolverán nunca, y yo prefiero este momento. prefiero esta tristeza de estar sin mi jardín, poique ahora tengo que dormir con un ojo abierto y vigilarme.

Si tuviera mi jardín no sería posible, sería demasiado.

Entonces, ¿qué dicen?

—Que lo tenía, usted todo para ser feliz.

—Es verdad.

En aquel jardín pensé en la felicidad. Ya no sé muy bien en qué pensaba en el banco. Ahora que todo ha terminado ya no comprendo en qué pensaba.

¿Robert ha dicho que yo lo tenía todo para ser feliz?

—No. El dijo: «Quizá las cosas habrían sucedido de otra forma si Claire hubiese llevado otra vida».

—¿Cuál, no lo dijo?

—No.

—Entonces, mejor callarse.

¿Y Alfonso? ¿Qué ha dicho?

—No he visto a Alfonso. Pero al juez apenas le dijo nada. Parecía no tener ideas precisas sobre usted.

—Alfonso no ha dicho nada, pero debía saber qué ' pensar del crimen.

—¿Él le hablaba?

—No, imagínese, no, ¿qué podíamos decirnos? No, pero, ya sabe, después de veinte años, viendo a Alfonso un día tras otro durante todo el año y hablándonos sólo para decirnos siempre las mismas cosas, «buenos días», «buenas noches»; es un cuento.

Pero a veces, por la noche, en Viorne, sí.

—¿Por qué dice: «Ahora que todo ha terminado»? ¿Así lo cree?

—¿Qué podría comenzar? Entonces, se acabó.

Para ella, que está muerta, se terminó. Para mí, que hice aquello, también.

La casa se ha terminado. Aquello duraba desde hace veintidós años, pero ahora se ha terminado por completo.

Fue un solo día muy muy largo (día - noche - día - noche) y luego, de pronto, el crimen.

Uno se acuerda del invierno cuando ya no tiene el jardín, si no, todo es igual. En aquel banco estoy segura de que he pensado en todo.

Además leía el periódico; después, en el banco, pensaba en lo que había leído. A veces también en cuestiones políticas. Pasaban personas y pensaba en ellas. También pensaba en Marie-Thérése, en su modo de actuar. Me ponía cera en los oídos. Ello no ocurrió a menudo, quizá una decena de veces, todo lo más. ¿Mi marido dijo que iba a vender la casa?

—No lo sé.

—Oh, va a venderla. Y también los muebles, ¿qué quiere que haga con ellos ahora? Hará una subasta en la calle. Todo estará fuera. La gente de Viorne vendrá a ver las camas en la calle. Ahora me da igual lo que piensen al ver el polvo y las mesas llenas de grasa, y la vajilla sucia. ¡Qué remedio!

Tal vez tendrá problemas para vender la casa por culpa del crimen ocurrido allí. Quizá la venda al precio del terreno. Me habían dicho que ahora, en Viorne, el terreno para construir cuesta unos setecientos francos el metro cuadrado; con aquel jardín será un buen pellizco.

¿Qué hará con el dinero?

—*Usted, ¿no cree que lo tenía todo para ser feliz?*

—Por la gente que lo dice y lo cree, sí, 1o creo, creo que lo tenía todo para ser feliz. En otro sentido, para otras personas, no.

—*¿Qué personas?*

—Usted.

—*Pero pensándolo, según usted, ¿yo también me equivoco?*

—Sí. Cuando una piensa en cómo era con el agente de Cahors, puede decir: no hay nada como aquello. Pero es falso. Jamás estuve alejada de la felicidad de Cahors, se extendió sobre toda mi vida. No era una felicidad de algunos años, no lo. crea, era una felicidad hecha para durar siempre. Cuando duermo aún dura, le veo sonreírme por

detrás del seto cuando regresaba del trabajo. Siempre tuve la intención de explicárselo a alguien, pero, ¿a quien podía hablarle de aquel hombre? Ahora es demasiado larde, es demasiado lejano, es algo demasiado tarde.

Habría podido escribir cartas sobre él, pero, ¿j quién?

—*¿A él?*

—No, no lo hubiera comprendido.

No, habría sido necesario enviarlas a cualquier otra persona. Pero imaginar a quién no es fácil. Sin embargo, eso es lo que hubiera debido hacer: enviarlas a alguien que no nos conociera ni a él ni a mí para que fueran realmente comprendidas.

—*¿Quizá al periódico?*

—No. He escrito al periódico dos o tres veces por diferentes razones, pero jamás por una razón tan sería.

—*Entre el jardín y lo demás, ¿qué había?*

—El momento en que se comenzaban a sentir los olores de cocina. Se sabía que sólo faltaba una hora para cenar, que había que pensar

rápidamente en lo que fuera porque no quedaba más que una hora por delante antes del final de la jornada. Así era.

En el jardín, ¿sabe usted, señor?, tenía una tapadera de plomo sobre mi cabeza. Las ideas que tenía hubieran debido atravesar esa tapadera para ser…, para que yo estuviera tranquila digamos, pero no sucedía más que muy raras veces. Lo más frecuente era que las ideas me volvieran a caer encima, permanecieran bajo la tapadera bullendo, y era tan penoso que muchas veces pensé en suicidarme para no sufrir más.

—¿Pero a veces atravesaban la tapadera de plomo?

—A veces, sí, salían por algunos días. No estoy loca, sé muy bien que no iban a ninguna parte. Pero en el momento en que ellas me atravesaban para emprender su vuelo, estaba tan…, la dicha era tan grande que se hubiera podido creer locura. Creía que me oían pensar, que aquellos pensamientos estallaban en la calle como disparos. La calle estaba cambiada a causa de ello. A veces la gente se volvía hacia el jardín como si la hubieran llamado. Quiero decir que habría podido creerlo.

—Aquellos pensamientos, ¿a qué se referían?, ¿a su vida?

—De ser así no habrían hecho que se volviera nadie. No, se referían a muchas otras cosas distintas de mí y de mi entorno. Los demás hubieran podido tenerlas y usarlas. Tuve pensamientos sobre la dicha, sobre las plantas en invierno, ciertas plantas, ciertas cosas, la comida, la política, el agua, sobre el agua, los lagos fríos, los fondos de los lagos, los lagos del fondo de los lagos, sobre el agua que bebe, que agarra, que se cierra; sobre esa, cosa, el agua, mucho, sobre los animales que se arrastran sin descanso, sin manos, sobre lo que va y viene, también mucho sobre el recuerdo de Cahors cuando pensaba en ello, y cuando no pensaba, sobre la televisión que se mezcla con el resto, una historia superpuesta sobre otra superpuesta sobre otra; sobre el bullicio, mucho, bullicio sobre bullicio, resultado: bullicio y etcétera, sobre la mezcla y la separación, mucho mucho, el bullicio separado o no, ¿ve usted?, separado grano a grano pero también unido, sobre el bullicio multiplicación, y división, sobre la confusión y todo lo que se pierde, y etcétera y etcétera, es lo que sé.

—¿Sobre Alfonso?

—Sí, mucho, mucho porque tiene el corazón abierto sin límites, las manos abiertas, la cabaña vacía, la maleta vacía y nadie para ver que él es ideal.

—¿Sobre las personas a quien él llegó a matar?

—Sí, pero me equivocaba, ahora lo sé. De esto sólo puedo hablar con alguien a quien también le haya sucedido, que me ayudara, ¿comprende? Con usted no.

—Le hubiera gustado que los demás conocieran los pensamientos que tenía en el jardín?

—Sí.

Hubiera deseado prevenir a los demás, que supieran que tenía respuestas para ellos. ¿Pero cómo? No era lo bastante inteligente para la inteligencia que tenía, y no Hubiera podido manifestar esa inteligencia que tenía. Pierre Lannes, por ejemplo, es demasiado inteligente para la inteligencia que tiene. Yo hubiera querido ser completamente inteligente. Lo que me consuela de morir un día es no haber sido lo bastante inteligente para la inteligencia que tenía durante todo aquel tiempo. Jamás he llegado a ella. Imagino muy bien que debe de ser terrible ser muy inteligente y saber a esta inteligencia expuesta a la muerte de cualquier modo. Sin embargo, lo hubiera preferido.

Todo aquel tiempo, todo aquel tiempo para nada. Ahora estoy tranquila porque sé que es demasiado tarde.

—¿Cuándo comenzó aquello?

—En las aulas vacías, cuando hacía la limpieza. Todavía se siente el calor de niños, estoy encerrada con las cifras en la pizarra, tanto divisiones como multiplicaciones, multiplicaciones como divisiones, y entonces me convierto en la cifra tres, y era verdad.

—Su marido dice que a veces usted creía tener conversaciones con los viandantes.

—Ah, le ha dicho eso. Inventaba esas conversaciones cuando me ocurría aquello. Sabía muy bien que no me creían, ninguno de los dos. Me gustaba mucho que me tomaran por loca de vez en cuando, causarles un poco de miedo. Así, aún me dejaban más en paz.

Pero a veces aquellas conversaciones tenían lugar de verdad, aunque no como yo se las contaba, jamás.

—Volvamos al crimen. ¿Le parece bien?

—Sobre aquel período no sé casi nada. Han debido de prevenirle.

—¿Por qué lo hizo?

—¿De qué está hablando?

—¿Por qué la mató?

—Si hubiera sabido decirlo, se habrían terminado los interrogatorios, usted no estaría aquí interrogándome. Pero sé lo demás.

—¿Lo demás?

—Sí. Si la corté en pedazos y arrojé aquellos pedazos en el tren fue porque era un medio de hacerla desaparecer, póngase en mi lugar, ¿qué podía hacer?

Por otra parte se ha dicho que no estaba mal pensado.

No quería dejarme coger por la policía antes de ser detenida, y la hice desaparecer como una persona que estuviera en sus cabales.

Usted no puede imaginarse lo fatigosa que fue aquella carnicería, por la noche, en la bodega, jamás, jamás lo hubiera creído. Si le dicen que he añadido un crimen al crimen haciendo lo que hice en la bodega, diga que es falso.

—¿No sabe por qué la mató?

—Yo no diría eso.

—¿Qué diría?

—Depende de la pregunta que me hicieran.

—¿Jamás le han hecho la pregunta correcta sobre esté crimen?

—No. Digo la verdad. Si me hubieran hecho la pregunta correcta habría sabido qué responder. Esa pregunta, ni siquiera yo puedo encontrarla.

—Según usted, ¿alguien más podría responder a esta pregunta: por qué la mató?

—Nadie. Salvo, quizá, al final.

—¿No busca usted misma esa pregunta correcta?

—Sí, pero no la he encontrado. No busco mucho. He sufrido demasiado dolor al hacerlo como para saber pensar en ello.

Me han hecho desfilar preguntas y no he reconocido ninguna al pasar.

—¿Ninguna…?

—Ninguna. Preguntaban: ¿Le destrozaba los nervios porque era sordomuda?, o bien: ¿Estaba celosa de su marido?, ¿de su juventud?, o bien: ¿Se aburría usted?, o bien: ¿La organización de la casa le pesaba?

Usted, al menos, no me ha preguntado nada semejante.

—¿Qué *tienen de falso esas preguntas*?

—Están separadas.

—¿La pregunta correcta incluiría todas esas preguntas y aun otras?

—Quizá. ¿Cómo quiere que lo sepa? Pero a usted, ¿le interesa saber por qué hice aquello?

—Sí. Usted me interesa. Por lo tanto, todo lo que hace me interesa.

—Sí, pero si no hubiera cometido este crimen, no le interesaría en

absoluto. Y yo aún estaría allí, en mi jardín, callándome. A veces mi boca era como el cemento del banco.

—¿Cuál sería, a su parecer, un ejemplo de pregunta correcta? No entre aquellas que yo podría hacerle, no, seguro. Sino entre aquellas, por ejemplo, que usted pudiera hacerme.

—¿Hacérselas para qué?

—Por ejemplo, para saber por qué la interrogo. Cómo me interesa usted. Cómo soy.

—Sé cómo le intereso. Cómo es usted, ya lo sé un poco.

Por lo demás, así es como lo hacía con Alfonso. Cuando pasaba para hablar con Pierre del trabajo o de otras cosas iba al pasillo o detrás de la puerta y escuchaba. Para usted eso debería ser lo mismo.

—¿Debería hablar lejos de usted?

—Sí, a otra persona.

—¿Sin saber que usted me escucha?

—Sin saberlo. Convendría que fuera así, por casualidad.

—¿Se escucha, mejor detrás de las puertas?

—Todo. Es una maravilla de la vida. De esta manera vi a Alfonso hasta lo más profundo, incluso allí donde él no ve.

Cuando Pierre me encontraba tras la puerta me decía que debía regresar al jardín y ¡hala, hala! ¡Qué vida!

—¿Qué *voz tenía Pierre tras la puerta*?

—El, la misma que tiene delante.

Escuche, no puedo decirlo mejor: si usted encuentra la pregunta correcta, le juro que responderé.

¿Qué dicen de las razones que tenía para matarla?

—Hacen suposiciones.

—Como el juez, con sus preguntas.

—La expresión, «por qué», ¿es mejor?

—«¿Por qué?» Sí. Podemos dejarlo así.

—Entonces yo le pregunto: ¿por qué?

—Es verdad. Por qué.

Pero esa expresión me lleva hacia usted, hacia las preguntas.

—¿Y si hay una razón, pero una razón que se ignora, una razón ignorada?

—¿Ignorada por quién en este momento?

—Por todos. Por usted. Por mí.

—¿Dónde está esa razón ignorada?

—*¿En usted?*

—¿Por qué? ¿Por qué no en ella, en la casa, en el cuchillo?, ¿o en la muerte?, sí, en la muerte.

¿La locura es una razón?

—*Tal vez.*

—A fuerza de buscar sin encontrar, se dirá que es la locura, lo sé.

Tanto peor. Si es locura lo que tengo, si mi enfermedad es la locura, no estoy triste.

—*No piense en ello.*

—No lo hago. Es usted quien piensa en ello. Sé cuando la gente piensa que estoy loca, lo percibo en el sonido de la voz.

—*¿Qué hacía en la casa?*

—Nada. Las compras cada dos días. Es todo.

—*Pero ¿se ocupaba de alguna cosa?*

—No.

—*Y el tiempo, ¿cómo pasaba?*

—Muy deprisa, a cien por hora, como un torrente.

—*Su marido ha dicho que usted arreglaba su habitación cada día.*

—Para mí, arreglaba mi habitación, me lavaba, lavaba mi ropa y me lavaba yo. De esta manera estaba siempre lista, ¿comprende usted?, también el *dormitorio*. Limpia y peinada, la cama hecha. Entonces podía ir al jardín, sin dejar rastro.

Sí, me siento un poco triste de estar loca. Si las demás están locas, ¿qué será de mí, en medio?

—*Una vez arreglaba su habitación, y después de haberse lavado, ¿para qué estaba lista?*

—Para nada. Estaba lista. Si debían producirse acontecimientos, estaba lista, eso es. Si alguien hubiera venido a buscarme, si hubiera desaparecido, si nunca hubiera regresado, nunca, no habrían encontrado nada detrás de mí, ni una huella especial, sólo huellas puras. Eso es todo.

—*¿En qué piensa?*

—Pienso en el jardín. Está lejos. Es agradable. Todo ha terminado. Y en Alfonso, que continúa cortando madera, mientras todo ha terminado. Y en Pierre, que va al despacho. Creo además que Alfonso también lo tenía todo para ser inteligente y no lo ha sido, *jamás sabré*

por qué, igual que yo. Éramos dos en Viorne en aquella situación, Alfonso y yo.

No pienso lo mismo de Pierre Lannes.

¿Todo lo que le cuento es la verdad, según usted?

—Creo que es la verdad.

—Entonces, mire. También yo creo que es la verdad. Jamás he hablado tanto y digo la verdad. Quizás hubiera podido hacerlo antes si la ocasión se hubiera presentado.

Podría hablar durante un año sin parar. Y también podría detenerme de pronto, una vuelta de llave y se terminó para siempre. Ahora sucede algo así: le hablo y no le hablo, al mismo tiempo. La cabeza está siempre tan llena. Siempre hay cosas ahí dentro. Qué quiere, es curioso ser como nosotros. ¿He hablado de la casa?

Había dos dormitorios en el primer piso y en la planta baja estaba el comedor y la habitación de Marie-Thérése.

—¿Se había dormido usted antes de bajar a la habitación de ella?

—Puesto que no tuve necesidad de encender la luz ya debía de ser de día. En ese caso debí de dormir.

A menudo me despertaba al alba, imposible volverme, a dormir; entonces andaba por la casa, siempre por la planta baja.

Había sol entre el comedor y el pasillo.

—... La puerta de su dormitorio estaba abierta y usted la vio dormida de lado, ella le daba la espalda.

—Sí. Siempre.

—Usted fue a la cocina para beber un vaso de agua. Miró a su alrededor.

—Sí. En el fondo de los platos veo el dibujo de los platos comprados en Cahors tres días antes de la boda, Bazar de l'Etoile 1942. Aquello vuelve a empezar. Sé que voy a dejarme llevar por los pensamientos de los platos, hacia aquellas cosas. Y ya lo ve, con eso tengo bastante, ¿comprende usted? Quiero que vengan y se me lleven. Deseo tres o cuatro paredes, una puerta de hierro, cama de hierro y ventana con rejas, y encerrar a Claire Lannes ahí dentro. Entonces abro la ventana y rompo los platos para que me oigan y vengan a ayudarme. Pero de pronto ella está ahí, en la corriente de aire, me ve romper los platos, sonríe, corre a avisar a Pierre. Por cualquier cosa, ella avisaba a Pierre. Pierre llegaba. Vete, lárgate al jardín.

Al final, le cogí gusto al jardín.

—¿Cuándo fue aquello?

—Los platos rotos, fue hace tres o cinco años.

—¿Cómo pudo creerle su marido cuando le dijo que Marie-Thérése se había ido a Cahors?

—Oh, déjeme un poco.

¿Qué es lo que quiere saber?

—¿Qué le dijo a su marido cuando se levantó?

—Le dije lo que usted acaba de decir.

—¿Su marido ha dicho la verdad?

—Mi marido no me creyó. Nadie me pidió noticias de ella, ni siquiera Alfonso.

—¿Su marido no le hizo ninguna pregunta?

—Ninguna, es la prueba de que no me creyó, de que no es verdad.

—Entonces ¿qué es lo que creyó?

—¿De qué le sirve saberlo? Yo lo ignoro.

—Y Alfonso, ¿lo adivinó, según usted?

—Sí. Cuando le pedí que tirara el televisor al pozo pude ver que lo había adivinado.

¿Qué dice él?

—Dice que usted nunca le pidió que tirara el televisor al pozo.

—No creo eso que usted dice. O bien mienten todos ó bien lo hace usted.

—Debo confundirme.

—Bueno. Porque Alfonso no habla, pero «sí» y «no» puede decirlo. Quizá llegue un día, como para mí, de pronto. Canta *La Traviata* cada vez que regresa a su casa, se lo pedí una vez. De lo contrario corta madera todo el tiempo, ¡qué lata! Hace mucho tiempo, doce años, tuve la esperanza de que Alfonso me amara, que me llevara al bosque a vivir con él, pero aquel amor no llegó nunca. Una vez, lo esperé durante toda una noche, oí todos los ruidos, hubiéramos reanudado el amor, Cahors, juntos, pero no llegó.

Todos van a decir ahora que estoy loca como lo estarían ellos, si lo estuvieran. Que digan lo que quieran, están del otro lado diciendo cualquier cosa, charlando sin pensar, sin reflexionar.

Si supieran lo que ha pasado en la bodega. Si hubieran estado en la bodega aunque sólo fuera un minuto se callarían, no podrían decir una palabra sobre esta historia.

—¿Usted estaba de su lado antes del crimen?

—No, jamás, jamás he estado de su lado. Si debía ir allí, por ejemplo a hacer las compras —un día de cada dos yo hacía las compras, no vaya a creer que ya no hacía absolutamente nada—, entonces estaba obligada a decirles buenos días y a hablarles, aunque lo mínimo. Después tenía que escuchar resonar sus agudas voces de teatro durante una hora.

—¿Usted iba al teatro?

—A veces, cuando vivíamos en París, él me llevaba.

La Traviata, fue en Cahors con el agente.

—¿Alfonso no estaba del otro lado?

—No, Alfonso estaba de mi lado, aunque él no lo supiera.

El agente de Cahors también, tenía los dos pies de mí lado.

—¿No sabe usted lo que ha sido de él?

—Sigue en Cahors, encerrado en aquella ciudad llevando la existencia que ama, de un lado, del otro.

—¿Su marido estaba «del otro lado»?

—Sí y no. Creo que estaba hecho para estarlo, pero a causa de nosotros jamás lo estuvo del todo. Sin nosotros los hubiera recibido en la mesa, estoy segura de ello, hubiera hablado como ellos. Buenos días, señora, ¿cómo está usted? ¿Y los niños?, ¿crecen? Cuando esto no funciona, se hace funcionar. A veces iba a casa de ellos. Pero siempre regresaba a su casa cálida y llena de grasa, siempre, incluso después de pasar varios días con los otros, regresaba con nosotros. Observe que ni siquiera hablaba de hacer venir a esas gentes. Sabía que no podía llevarlas a su casa, por la mujer que tenía por un lado, y a causa de la sordomuda por el otro. Estaba atrapado. Lo sabía muy bien. En el fondo, estaba del otro lado él también…

Sí, pero mire, con nosotras dos se había acostumbrado a las mujeres que circulan por los pasillos sin decir una palabra, que están en el jardín sin hacer ruido.

Una vez que yo volvía de un hotel cercano a la estación de Lyon donde tenía una cita con el agente de Cahors, por última vez, y que regresaba a toda prisa para que él no adivinara nada, le vi llegar con su corbata, sus gafas, como si no hubiera pasado nada, mientras yo lloraba, no podía parar, las ardientes lágrimas me corrían solas, aquel día que le vi llegar con su corbata, sus gafas, su cuello blanco, su aspecto, su aspecto de decirme sin decirlo: «Vete a llorar a otra parte, pequeña, si tienes ganas de ello», aquel día comprendí que estaba del otro lado: ya aquel día.

—¿Marie-Thérése estaba «del otro lado»?

—A causa de su desgracia, no, ella no lo estaba, pero de haber sido normal habría sido la reina del otro lado. Recuerde bien lo que acabo

de decirle: la reina. Ella los devoraba con los ojos cuando pasaban por la acera para ir a misa. Ellos le sonreían, mire. A mí, jamás nadie me ha sonreído, siempre lo evitaban.

Era sordomuda, era una enorme masa de carne sorda, pero a veces salían gritos de su cuerpo; no brotaban de su garganta sino de su pecho.

En la bodega me puse gafas oscuras y apagué la luz, señal de que no estaba loca, ya que no quería verla, e hice lo necesario para no verla: apagué y me puse las gafas. La había visto demasiado desde hacía cien años.

Usted ha escuchado lo que acabo de decir. Ya no hablo como antes. Ya no hago diferencias entre las frases. Acabo de escucharme.

¿Eso le molesta?

—No.

—Digo torpezas y paso de un tema a otro. No vaya a creer que no sé cuándo me ocurre eso.

Dejo de hablar para siempre. Eso es.

—En una pared de la bodega se ha encontrado el nombre de Alfonso escrito por usted can un pedazo de carbón. ¿Recuerda haberlo escrito?

—No.

¿Quizá haya querido llamarle para que viniera en mi ayuda? ¿Y como no podía gritar, pues hubiera despertado a mi marido, entonces escribí? Tal vez. No me acuerdo.

No sería la primera vez que se me ocurre escribir para llamar sabiendo que es inútil.

—¿A quién, por ejemplo?

—Oh, a un hombre que no regresó.

Marie-Thérése lo hacía, entonces tal vez sea su influencia.

—En la otra pared estaba la palabra Cahors.

—Es posible. Ya no me acuerdo. Hice tantas cosas en aquella bodega…

Dígame, ¿cómo es posible?

—¿No puede hablar de esa bodega o no quiere hacerlo?

—No quiero.

No puedo.

Por lo demás, la bodega no explica nada. Sólo eran fantásticos esfuerzos para desembarazarme de aquella carnicería. No eran más que esfuerzos, pero hasta morir, hasta aullar. Debí desvanecerme, una

vez me encontré dormida en el suelo, allí, estoy segura de ello. No puedo, no quiero. Moriré con los recuerdos de la bodega. Lo que pasó allí, me lo llevaré a la tumba. Si los demás piensan que soy un objeto repugnante y todo Viorne me escupe encima, siempre es por eso, para recobrar el equilibrio de la bodega.

—Los habitantes de Viorne parecen contar para usted más de lo que dice.

—Lis el fondo, Viorne, es ahí donde he vivido la mayor parte del tiempo, en medio de Viorne, exactamente en el medio, conociéndolo todo, día a día. Y un buen día, he ahí el crimen. Adivino lo que piensan, es tan fácil, esta claro, claro. He ahí el crimen. Les veo cerrando los ojos, sacando las cabezas por la ventana, o de pie delante de las puertas hablando para decir con sus voces de teatro: «Vaya, ha exagerado».

—¿Estaba lista para irse a Cahors?

—Sí, lo juro. Le hablo a usted porque no sabe nada y desea de verdad informarse de todo, mientras que mi marido creía saber, y era perder el tiempo hablar con él. Sí, quería ir a Cahors. Me decía a mí misma que entre el momento en que descubrieran que el crimen había tenido lugar en Viorne y el momento en que descubrieran que era yo quien lo había cometido, tenía tiempo de ir a Cahors y estar allí algunos días.

Hubiera ido al hotel Crystal.

—¿Por qué no se fue?

—Ya lo sabe, ¿por qué me lo pregunta?

—¿Fue a causa del relato de su marido?

—Era muy ridículo y no se daba cuenta de ello.

—¿Hay alguna razón más?

—Creo que sí.

Esto me interesó y olvidé la hora.

Era la primera vez que él hablaba de ella tan exactamente.

¿Es eso?

—¿Era de ella de quien hablaba?

—Sí, incluso decía su nombre: Marie-Thérése Bousquet.

Entonces, no faltaba casi nada para que se hiciera la luz, de golpe, sobre el crimen. Ese detalle sólo yo lo conocía. Usted lo sabe bien, una no podía dejar de decírselo.

—¿Qué les dijo?

—Le hablé a Alfonso muy bajo y fue él quien se lo' dijo. Todo pasó muy simplemente. Le dije a Alfonso: «Diles que soy yo, que estoy de

acuerdo». Entonces Alfonso fue hacia el centro del café y dijo: «No busque más, fue Claire quien apuñaló a su prima mientras dormía y luego la hizo desaparecer de la manera que ya sabemos». Al principio hubo silencio. Luego, gritos.

Después, el hombre se me llevó.

—Alfonso dijo también que a veces la encontraba en Viorne por la noche.

—Es otra cuestión. Si él mismo no hubiera estado allí por la noche, en Viorne, no me hubiera encontrado.

Es curioso que él lo haya dicho.

—Puedo asegurarle que no fue de mala fe.

—Lo sé.

Si en Viorne salía por la noche era porque creía que allí pasaban cosas y debía ir a verificarlas.

Creía que pegaban hasta la muerte a gente en las bodegas. Una noche se produjeron conatos de incendio por todas partes; suerte que empezó a llover y se apagaron.

—¿Quién pegaba a quién?

—La policía pegaba a los extranjeros en las bodegas de Viorne, o a otras personas. Se iban al amanecer.

—¿Usted les vio?

—No. En cuanto llegaba, aquello cesaba.

Pero con gran frecuencia me equivocaba: estaba todo en calma, tranquilo, muy tranquilo.

¿Qué estaba diciendo?

—Hablaba de Alfonso.

—Es cierto, Alfonso.

¿Irá también él a la cárcel?

—No.

—Pensé que sí. ¿Sigue haciendo la vida de antes?, el bosque?

—No lo sé. ¿Le hubiera gustado que él fuera a la cárcel?

—Digamos que puesto que yo estoy en la cárcel, no hay razón para que no lo esté también él. Lo sabía todo desde el principio. Pero no lo han detenido.

Dese cuenta de que no hubiéramos estado en la misma prisión, entonces me da igual.

—¿Qué hubiera hecho en Cahors?

—Hubiera empezado de nuevo algo, por unos días. Me hubiera paseado por calles y más calles. Hubiera contemplado Cahors.

—Pero a él, al agente de Cahors, ¿lo hubiera buscado de nuevo?

—Quizá no. ¿Por qué, ahora?

Además hubieran ido a detenerme.

—En cuanto a la cabeza…

—No empiece de nuevo con la cabeza…

—No le pregunto dónde está. Quisiera saber qué problema representaba para usted.

—Saber qué hacer con ella, dónde meterla.

—¿Pero por qué la cabeza?

—Porque era la cabeza. Una cabeza no se arroja a un tren.

Y el canasto, ¿dónde podía meterlo?

Hice todo un entierro para ella. Dije mi plegaria de difuntos. No encontré nada mejor a pesar de que el agente de Cahors me separó de Dios y que jamás lo volví a encontrar.

¿Ve?, he terminado por decir algo sobre aquello y no quería.

—¿Fue en el mismo momento del crimen cuando usted comprendió que la había matado?

—¿Lo ha adivinado?

Sí, fue en aquel momento. ¿Me cree?

—Sí.

—Al principio estaba lo de la mancha en el cuello —con la mancha, cuando la vi, ella empezó a volver un. poco de la muerte—. Luego, con la cabeza, cuando la vi, volvió por completo de la muerte.

Debieran decapitarme también a mí por lo que he hecho. Ojo por ojo. En su lugar, yo lo haría. Me falta el jardín. En el patio de la prisión no hay hierba. Para castigarnos. Está bien pensado. Nada reemplazará a mi jardín.

Mi marido hubiera debido tener cuidado. A veces me siento loca.

Aquella vida era ridicula.

—¿Usted se sentía loca?

—Sí, por la noche me sentía loca. Oía cosas. Creía que pegaban a la gente. Llegué a creerlo así.

—Si usted no le hablaba de ello a su marido, él no podía adivinarlo.

—Si le hubiera hablado de ello, conociéndole como le conozco, me habría llevado a un sanatorio. Es muy ordenado con sus ideas. Dice: un lugar para cada cosa y cada cosa en su lugar. ¿Se da cuenta?

Escúcheme: la noche del crimen ella gritaba y yo creía que me impedía dormir. Me pregunté si Alfonso no andaría por ahí dándole

placer. ¿Comprende? Alfonso aún necesitaba mujeres. Soy menos joven que él. La diferencia de edad ha existido siempre entre nosotros. Jamás disminuyó. Entonces me pregunté si no se había inclinado por Marie-Thérése Bousquet. Es mi prima, de mi sangre. El apellido era el mismo, Cahors detrás, y comíamos los mismos alimentos, bajo el mismo techo, y ella era sordomuda.

Bajé. Alfonso no estaba allí.

Ahora me callo sobre ello.

Sabía que Alfonso no estaba allí. Aquello ocurría en la cabaña de siempre, el sábado por la tarde, jamás fuera, jamás por la noche. ¿Entonces?

¿Sabe usted que el crimen no llega de inmediato? No. Llega lentamente como un tanque. Y luego se detiene. Eso es. Está ahí. Un crimen acaba de cometerse en Viorne. Es Claire Lannes. Ya no se puede volver sobre ello. El crimen ha caído sobre Viorne. Se cernía sobre Viorne y fue ahí donde cayó, en esta casa, en la cocina de esta casa, y quien lo ha cometido, oh… es Claire Lannes. Ella conocía la existencia de aquel crimen y que un hilo lo sostenía sobre Viorne.

Eso es, señor, eso es. Sé que la gente no quiere oír el nombre de Claire Lannes y que prefiere no leer los periódicos, pero se ha equivocado. ¿Cómo llevar un cuerpo de cien kilos a un tren? ¿Cómo cortar un hueso sin sierra? Dicen: había sangre en la bodega. ¿Pero cómo podemos evitar, usted y yo, que haya sangre?

Si se hacen investigaciones en la casa no olvide decir que el sentido de las puertas —cuando se baja la escalera— jamás ha sido el correcto.

Quisiera saber si es siempre lo mismo para aquellos que han hecho lo que yo he hecho.

—*Sí.*

—¿No es una explicación?

—*No.*

—Ya ve, no salgo de ello. Tanto peor. Ya estoy cansada. Aunque es un cansancio que me descansa. Quizá me hallo muy próxima a estar loca. O muerta. O viva. ¿Quién sabe?

—*Hablemos del libro que su marido le hizo leer en voz alta cada noche, ¿lo recuerda?*

—Sí. Hace años. Mi marido encontraba que no estaba bastante instruida. Me hizo leer un libro de geografía. Pero se desanimó. Yo no

entendía.

¿Es todo sobre el libro?

—*¿Qué es lo que no comprendía?*

—No comprendía por qué motivo quería que conociese la geografía de todos los países. Cada día un nuevo país que estudiar, un país por día, el libro no se acababa nunca. Me hacía leer para que permaneciera allí, junto a él, y también para castigarme por pensar en el agente de Cahors. Aunque al menos he retenido algunas cosas de esa lectura: el hambre en las Indias, el Tíbet, y la ciudad de Méjico que está a cuarenta y cinco metros de altitud.

¿Es todo sobre el libro?

—*Sí. Los tebeos que usted robaba en la escuela, ¿se acuerda de ellos?*

—Apenas, apenas.

Respecto a la cabeza, ¿le he dicho dónde la había puesto?

—*No.*

—Bueno. Debo guardar el secreto. No tengo más que eso, hablo demasiado.

Jamás me han hecho preguntas. Mi camino ha ido derecho hacia el crimen. Todos mis secretos han volado por el aire. Tengo ganas de ocultarme el rostro. Si estuviera en el jardín, si usted me pusiera en libertad, las gentes de Viorne vendrían a verme y a vigilarme y entonces estaría obligada a irme. ¿Y a dónde ir? Es preciso retenerme. Lo siento pop aquel jardín, será mi recuerdo.

Estoy en la sección de los criminales de Derecho común. Hay allí otras mujeres que dicen «¿has visto a la buena mujer de Viorne?» y que ríen a causa de la verificación ferroviaria. Me piden que explique la verificación ferroviaria. Yo la explico.

Un abogado vino a verme y me comunicó que me llevarían a otro sitio, a una casa en la que olvidaría lo que ha pasado. No le he creído.

Las otras presas dicen que no soy *responsable. Las* oigo hablar entre sí: ¿pero ellas qué saben? Me comporto muy bien. Me lo han dicho. He rechazado ver a mi marido por segunda vez.

Sé que Alfonso no vendrá a verme. Moriré sin volverles a ver, a ninguno de los tres. ¡Qué más da!

La existencia que había llevado y que no conducía a nada, mientras que al principio había sido tan bella con el agente de Cahors. En fin.

¿No dice usted nada más?

Me han dado papel para escribir y una pluma. Me han dicho que escribiera lo que me pasaba por la cabeza. ¿Eso no le interesa?

He intentado escribir pero no encontré la *primera palabra* que poner en la página.

Y sin embargo, escribí a los periódicos, antes, ¡oh!, con gran frecuencia, cartas muy largas. ¿Se lo he *dicho*? Sin duda jamás llegaron.

—En una de esas cartas preguntaba cómo guardar la menta inglesa en invierno.

—¿Ah sí? A veces me la comía para limpiarme. Quizá he escrito una carta para saber cómo guardarla verde, muy verde, no lo recuerdo, es posible. He escrito muchas cartas. Cincuenta y tres cartas o doce. ¡Cómo querría, ah, cómo querría explicar!

Yo era peor que una cloaca antes del crimen. Ahora, cada vez menos.

La verificación ferroviaria les hace reír. Yo no sabía que eso existiera. Estaba segura de que no me descubrirían.

No tenía la idea del viaducto, iba hacia el río y pasé por allí.

Entonces, me dije, ¡jamás!, y la cabeza bien enterrada en su escondite, ¡jamás, jamás!, Dios sabe lo que se encuentra en los trenes, con todo lo que se encuentra, jamás me descubrirán. Pero me equivoqué. En el periódico estaba el dibujo de la verificación ferroviaria: Viorne es el centro y todos los trenes pasan por allí, incluso los que se dirigen hacia sitios muy lejanos. Los trenes están obligados a pasar por Viorne. ¿Usted lo sabía? Es la estación más grande de Francia, vivía en Viorne y no lo sabía. Hice mal en escoger el viaducto.

Pero los otros están demasiado lejos para ir allí a pie v por la noche. ¿Entonces?

Salvo la cabeza lo han encontrado todo, contado todo, reunido todo, no faltaba nada.

Jamás hubiera creído que fuese posible.

Usted ya no dice nada.

—Ahora es necesario que me diga dónde está la cabeza.

—¿Para llegar a esta pregunta es por lo que usted me ha hecho todas las otras?

—No.

—Si es el juez quien le ha pedido que me haga esta pregunta, usted tendrá que decirle que no he respondido.

¿Qué respondería, usted, si le digo que es en el sanatorio psiquiátrico de Versalles donde van a meterme?

—Le respondo que sí.

Le he respondido.

—Entonces, ¿acaso estoy loca? ¿Qué responde si le pregunto si estoy loca?

—También le respondo: sí.

—Entonces usted le habla a una loca.

—Sí.

—Lo que dice una loca no cuenta. Entonces, ¿por qué me pregunta dónde está la cabeza si lo que digo no cuenta? Quizá ya no sepa dónde la he puesto; puede que haya olvidado el lugar exacto.

—Una indicación, incluso vaga, bastaría. Una palabra. Bosque. Talud.

—Pero ¿por qué?

—Por curiosidad.

—¿Entonces sólo sería esa palabra la que contaría en medio de las otras? ¿Y usted cree que voy a dejar que me quiten esa palabra?, ¿para que todas las demás sean enterradas vivas y yo con ellas en el sanatorio?

No, no; es preciso que usted pase mucho tiempo conmigo, usted y otros, antes de que esa palabra salga de mí.

¿Usted me oye?

—Sí.

—Hay cosas que no le he dicho. ¿Quiere saber cuáles?

—Tío.

—Peor para usted.

¿Si le dijera dónde está la cabeza, continuaría hablándome?

—No.

—Veo que está desanimado.

—Sí.

—¿Si hubiese logrado decirle por qué maté a esa gorda mujer sorda, aún seguiría hablándome?

—No, no creo.

—¿Aún quiere que intentemos seguir recordando? ¿Le he dicho que llamaba a Pierre por cualquier cosa? Pero que no había nunca peleas entre nosotros, ¿se lo he dicho? Jamás las había. ¿Y por qué, lo adivina? Porque tenía miedo de que me metieran en el sanatorio antes

de hora.

¿Qué he dicho que de pronto le ha desanimado?

Quizá es tarde. ¿Ha pasado la hora?
Siempre ocurre lo mismo, haya una cometido un crimen o no.

Esos tebeos para niños tenían el aspecto de gustarle. Era algo hermoso, pero prohibido por la ley. Por fortuna, Pierre me previno.

—*¿Qué le dijo?*

—Ah, se despierta usted. El me dijo ya no sé qué. Me dijo que estaba prohibido por la ley.

—*¿Qué?*

—Robarlos de los pupitres. Nada de leerlos. Leerlos era él quien nos lo prohibía, a Marie-Thérése y a mí.

A veces atendía el guardarropa en las cenas de los consejos municipales, ¿se lo he dicho?

En la planta baja, cuando se bajaba la escalera, había tres puertas, la primera es la del comedor, la segunda la del pasillo, la tercera la de su dormitorio; estaban siempre abiertas, en fila, y todas del mismo lado, se apoyaban en la pared del mismo lado, entonces se podía creer que la casa se inclinaba de ese lado y que ella había rodado hasta el fondo, deslizándose por la pendiente, a lo largo de las puertas, había que agarrarse a la barandilla.

Yo, en su lugar, escucharía. Escúcheme.